



**CESARE PAVESE Y BIANCA GARUFI**  
**Camino de sangre**

Lumen

CESARE PAVESE  
Y BIANCA GARUFI

---

CAMINO DE SANGRE

TRADUCCIÓN  
CÉSAR PALMA

Lumen

PALABRA EN EL TIEMPO

# I. GIOVANNI

La última vez que estuve con Silvia en la playa fue a ocultarse entre los enebros para vestirse: la vi agachada, quitándose el bañador por las piernas, toda su piel quemada y bronceada. El pelo le tapaba la cara. La llamé, pero como lo hice en voz muy baja y el pelo la estorbaba, no me oyó. Fue la última vez, y aquel día no la había ni tocado. Luego nos fuimos y al día siguiente me dijo que no quería verme más. Entonces me quedé solo y durante varios días no comí sino fruta y sobras. Lo único que me apetecía era salir y andar.

Mientras caminaba no hacía más que preguntarme con quién podía estar Silvia. Muchos la deseaban. También me lo preguntaba de noche, cuando no podía dormir, y le decía cosas en voz baja, contra la almohada, como si estuviese a mi lado. «Silvia —le decía—, vuelve. ¿Qué te cuesta volver? Has estado tan poco conmigo. Tenemos que hacer juntos un montón de cosas. Vuelve.»

Silvia no volvió ninguno de aquellos días. No sabía con quién estaba. Ella no había desaparecido; no había cambiado en nada su estilo de vida; yo conocía la casa, los cuartos, las palabras que decía, cómo se despertaba, las calles; era yo quien se había perdido y ya no reconocía nada de cuanto me rodeaba. Estaba como esperando en una esquina a una persona que no terminaba de llegar, y de pronto reparaba estupefacto en los transeúntes, en las manchas de las paredes, en las tiendas que no había visto nunca. Ahora veía a otras mujeres. «Cuántas Silvias —me decía—. Cada mujer es una Silvia. ¿Cómo es posible?» En el pasado había conocido a otras Silvias. Mi vida era un embrollo de Silvias que se me habían acercado durante un instante. Todas se parecían, todas me habían entendido al vuelo. Sin embargo, ahora sabía algo más: que lo que sufría por Silvia no era casual. Tenía que hacerme a la idea de que con Silvia no me estaba permitido vivir. Ella, sus ojos, su pelo, su voz no estaban hechos para mí. Todos los rasgos de Silvia habían nacido, se habían formado y crecido para que los viera, oyera y besara otro, un hombre completamente distinto a mí, que se diferenciara de mí más que un animal o un tronco. ¿Qué se le iba a hacer?

En aquel entonces creía que la manera en que había vivido con Silvia ya no tenía vuelta atrás, y que mi cuerpo, mi piel y mis gestos ya no eran los de antes. Sin embargo, sabía que día tras día algo de aquella nueva sustancia desaparecía y con ella se me iba la sangre, la vida.

Pero resultó que un amanecer volví a ver a Silvia. Me había mandado llamar y hablaba cohibida, tratando de sonreír. Se acercó a mí frotándose un costado que se había golpeado contra la puerta y me dijo:

—¿Sigues vivo?

—Claro —le respondí.

—¡Me duele! —Y se volvió a tocar.

Me habló de pie, en el primer cuarto, porque al otro lado había gente metiendo bulla, y no entendía si se reía porque no le salían las palabras o porque quería recibirme alegre.

—¿Tienes ganas de reír? —me preguntó.

—¿Tú no?

—No, esa gente me cansa —dijo—. ¿Has vuelto a la playa?

Era invierno, y de repente me pareció que estábamos en agosto.

—No eres el mismo de antes —dijo.

—¿Por qué?

—Mírame a la cara.

La miré. Ella me observaba con el ceño fruncido.

—Tú no me ves —dijo—. Tú a mí nunca me has visto. ¿Qué has hecho en estos meses?

—Nada.

—¿Quieres ayudarme, Giovanni? —preguntó de pronto.

No me había quitado el abrigo. Seguía con el cuello subido. La miré como la había recordado al subir las escaleras y me pareció que nunca había salido de aquel cuarto.

—¿Quieres ayudarme?

Ya no sonreía. Miraba al suelo. Al otro lado hacían ruido y reconocí algunas voces.

—Tengo que regresar a Maratea —dijo en voz baja—. Tengo que regresar enseguida. Contigo.

—Me miró de manera profunda y severa—. ¿Quieres saber por qué?

La miré sin decir nada.

—Me harás compañía —dijo—. Me contarás lo que has hecho estos meses.

Luego me pidió que me marchara.

—Nos iremos mañana a las siete.

Esa noche tenía que ver a Giorgio, un viejo amigo que había averiguado cómo vivía en aquellos meses y quería distraerme. Lo llevé a la taberna donde comía a veces. Iba a invitarlo a cenar. En la calle hacía frío y había jolgorio. Era víspera de Navidad y el aire olía a montaña.

—¿Te ha pasado algo malo? —me preguntó enseguida Giorgio, agarrándome del brazo como se hace con las chicas. En la puerta nos soltamos.

—¿Qué es para ti algo malo? —le pregunté.

—Querer una cosa que no se puede tener.

No me decidía a entrar. Aspiraba aquel viento que llegaba de lejos. Maratea estaba en las faldas de un monte boscoso y sus casas bordeaban el mar. Silvia era aquel pueblo. Cuántas veces me había hablado de él.

—No quiero nada —dije—. Esta tarde y esta noche se me han quitado las ganas de todo.

Mientras cenábamos en medio del bullicio, Giorgio me contó que de niño había comprendido de repente que se podía ser feliz sin decir una palabra ni mover un dedo, simplemente negándose a desear cosas nuevas.

—No hay niño que no lo posea ya todo —dijo—. Entonces es cuando se aprende a ser feliz.

Giorgio me miraba con cara risueña, como si esperase que respondiera algo: con mi asentimiento o con un estallido de lágrimas. Temía que me hubiera molestado la palabra niño. Giorgio es tonto; tiene la inocencia porfiada de quienes pretenden que todo el mundo sea como ellos.

—Todos buscamos lo que hay en lo profundo de nuestra sangre —dije—. No existe nada nuevo. De niño, yo me enfadaba cuando me terminaba la manzana.

Pero Giorgio seguía sonriendo y con los ojos me preguntó: «¿Así que estás tan triste porque ya

te has terminado la manzana?»), y yo durante un instante respiré el aire vacío de los pasados meses, el distanciamiento, la muerte, la oscuridad helada que precede al amanecer, y el camino entre el mar y la montaña, opaco y fresco, que pronto se abriría al temblor del día. Mi corazón cantaba y le reiteré a Giorgio:

—Todo está en lo profundo de nuestra sangre.

Viajamos toda la mañana por la costa oscura y baja. Los otros pocos pasajeros, que venían desde muy lejos, seguían viaje en el tren la mañana de Navidad. Silvia estaba callada en un rincón y miraba con desconfianza a los otros y también a mí, aunque en un momento dado me había sonreído para darme ánimos.

Alguien advirtió en el cielo brumoso que unos pájaros marinos volaban bajo y todos se apresuraron a mirar; todos, incluido yo, menos Silvia, que me preguntó qué pasaba. Mientras la gente discutía, le vi una sonrisa furtiva en los labios, como si fuera una niña, y envidié a aquellos pájaros.

Más tarde comprendí por qué había sonreído. Detrás de las casas de Maratea, la montaña, antes de convertirse en bosque, era una roca cortada a pico, enorme y sanguínea, donde anidaban de forma perenne los pájaros que revoloteaban en el mar. Silvia me contó que años atrás, cada noche corría por allí abajo para recoger pequeñas plumas. Anduvimos por una senda yerma, con el mar detrás y en la cercanía, bajo la última luz, chumberas y troncos muertos. En el horizonte todo eran montañas, accidentadas, negras. Previamente, la gente, apostada en las puertas de sus casas, al vernos pasar se había quitado los gorros y callado durante un instante. Eran hombres flacos y velludos, mujeres fornidas y broncas, que examinaban a hurtadillas el largo abrigo de piel de Silvia. Todos parecían asombrados, no felices como tendrían que haber estado. Hasta un perro se paró a mirarnos.

La casa de Silvia estaba en las afueras del pueblo, sobre una ladera de hayas. Brillaba una luz en un ventanal. Pese a todo el tiempo pasado, a todas las cosas terribles, ruines e indignas de nosotros que hemos hecho, aquellos muros en la noche que cae, y la luz apacible y la galería umbrosa, me siguen pareciendo, al recordarlos, algo misterioso y maravilloso, como si allí hubiese transcurrido mi infancia, al lado de la suya.

## II. SILVIA

El telegrama no explicaba qué le ocurría. Recuerdo que al leerlo pensé primero en una trampa, en un truco para engañarme. Al leerlo pensé en eso. Sin embargo, cuando lo releí, sentí de pronto un escalofrío, me dije que quizá era cierto, que solo debía atender al sentido literal de las palabras. Me dije que podía ser verdad y al pensarlo noté que la sangre me latía intensamente, cada vez más fuerte al tiempo que comprendía que no había nada dudoso, y entonces me puse a dar vueltas por la casa, y la casa me pareció aún más aislada, como si estuviese en medio del mar.

Después sentí frío. Esperaba gente aquella noche y había empezado a arreglarme, pero cuando continué debía de haber pasado un buen rato porque el cuarto se hallaba ya casi a oscuras y para maquillarme encendí la lamparilla junto al espejo. Me maquillaba y mientras tanto procuraba sobreponerme a ese escalofrío. «Al fin y al cabo, no es el fin del mundo y puede que no tenga consecuencias», reflexionaba. En la cocina busqué la bandeja, que no estaba en su sitio, preparé las tazas para la velada, puse la cacerola con agua al fuego, preparé pan con mantequilla. Y cada gesto me parecía definitivo, todo lo tocaba con precaución, como si las cosas de repente pudieran caerse.

Me tranquilizaba moverme de esa manera. La primera que llegó fue Flavia. Flavia ya me conocía, no había hecho nada para evitar que me conociera. Era bajita, de ojos grandes y dulces, y en todo era dulce y clara, como sus ojos y su piel. Vio las cosas que había preparado en la cocina, y como me conocía y sabía que era impropio de mí, le sorprendió que no la hubiese esperado y me las hubiese arreglado yo sola. Recorrió con la mirada la cocina y dijo:

—Lo has preparado todo.

Entonces regresamos a mi cuarto. La cama estaba deshecha desde la mañana.

—Hay que hacer la cama —dijo, y empezó a moverse alrededor de la cama, ordenando las sábanas y las mantas. Recolocó las flores y se sentó.

—¿Quién viene esta noche? —me preguntó.

—Compañeros de la oficina —respondí—; traerán bebida.

Mi voz era ahora la de siempre. Las persianas de la ventana estaban abiertas y las casas de enfrente apenas se veían, a través de la bruma del río.

Flavia hablaba:

—Hemos conseguido el aumento. Nos han visto decididos y hemos conseguido el aumento. Poneos en huelga también vosotros.

—Flavia, lee este telegrama —dije en voz baja.

Y mientras ella leía habría querido gritar que era una encerrona, una trampa para engañarme. Veía de nuevo a mi madre confabulando, la veía como siempre, una araña, un animal al acecho. Habría querido ponerme furiosa y gritar que mi madre era una especie de animal, pero Flavia no me miraba y comprendí que ella tampoco encontraba nada dudoso.

—¿Cuándo te vas? —me preguntó.

Me había vuelto a tranquilizar. Pensé entonces que tenía que irme. Todavía no había pensado

en eso. Creía que todo se acabaría ahí, en el telegrama y en aquel escalofrío punzante, y que después no habría nada que no fuese la vida cotidiana, el trabajo, la oficina, las miserias de cada día, el esfuerzo de cada día para seguir viva cuando todo ya ha ocurrido irremediablemente, y cuando tampoco lo imprevisible puede remediarse. Lo único que cabía era mantenerse vivos, día tras día, olvidarse de que todo había ocurrido e incluso de qué había ocurrido, para que así ya no quedara esperanza.

Una noche estaba casi borracha, de no ser por eso no me lo habría confiado ni a mí misma. Giovanni y yo habíamos estado en la playa. Un día entero al sol y en la playa. Flavia nos estaba esperando y los tres fuimos a comer a una *trattoria*. Luego Flavia durmió en mi cama. Yo estaba inquieta. Habíamos bebido. Flavia también había bebido. Giovanni nos había acompañado. Durante todo el camino hacia casa me había llevado del brazo, apretándomelo mucho, como si se le fuera a escapar. Y yo tenía ganas de escapar y de mover el brazo libremente y de no tener aquel cuerpo pegado al mío, tenso y resuelto.

—Giovanni —le decía—, ¿no podrías dejarme? Anda, Giovanni, sería estupendo que desaparecieras.

Se lo decía en broma y rabiosa. Resultaba peor que una cárcel ir por la calle con el brazo apretado de aquella manera.

—¿Giovanni, por qué no te casas? ¿Por qué no te vas con la otra? —le preguntaba.

Giovanni se ensombrecía. Flavia me miraba de vez en cuando como se mira un mar tempestuoso. Giovanni no me miraba. Yo ni me fijaba en él, andaba con la vista hacia arriba y caminaba como si hubiera bajado al final de una pendiente para saltar al vacío.

Él andaba cabizbajo. Antes habíamos ido por el mismo camino, pero en ese momento Giovanni no me sujetaba con tanta fuerza y yo podía caminar a su lado. Las calles se hallaban entonces desiertas y el resplandor de la luna alumbraba los muros. Sabía que no había esperanza, aunque de una forma tan confusa que hasta podía creer que la había. «Giovanni es especial —me decía—, nunca he conocido a un hombre así. Con Giovanni es posible», pensaba, y también se lo decía.

—Sabes —le confiaba—, no puedo enamorarme, pero contigo hay esperanza.

También había albergado esperanzas con los otros, pero después de la noche que hablé con Flavia en mi cama y bebimos, comprendí que era imposible cambiar nada y que lo que me había ocurrido era tan definitivo que casi me había fulminado.

Giovanni anduvo en silencio hasta mi casa. Mientras abría el portal preguntó si podía seguir viéndome y le dije que por supuesto que sí:

—Soy de carne y hueso —dije con el mismo tono de toda la noche—. No soy un espíritu invisible. Ven mañana a la oficina.

Y Giovanni se marchó cabizbajo. Flavia y yo nos pusimos a hablar en la cama. Yo estaba muy agitada por el sol que había tomado y que me escocía en los hombros. Las ventanas estaban abiertas y, desde los diques del río, llegaba el canto de las ranas y los grillos.

—Qué mal tratas al pobre Giovanni —dijo Flavia. Lo compadecía sinceramente, aunque siempre le había sorprendido que pudiera tratar así a Giovanni o a cualquier otro hombre.

—No tengo la culpa de no poder enamorarme; no me faltan intenciones ni deseos. Esta noche,

por ejemplo, siento deseo —dije.

—Entonces, ¿por qué lo tratas de esa manera? —preguntó.

—Porque me molesta que él me desee —dije—. Por eso.

—No entiendo —dijo Flavia—. Yo, cuando siento deseo, soy amable. Cuando se siente deseo, se da y se recibe.

Yo estaba agitada. Hasta la respiración de Flavia, tan cerca, me agitaba. Pensé que Flavia era blanda y dulce, y que sus muñecas podían partirse. Le agarré una muñeca y se la apreté con una mano.

—Qué muñeca tan ridícula tienes —dije.

—¿Ridícula por qué? —preguntó.

—¿Mario nunca te ha hecho daño? —pregunté a mi vez.

—Creo que no —dijo—. Al menos, nunca he sentido que me hiciera daño.

—Trata de explicarme lo que sientes —le pedí. Y cuando me lo contó, no la entendí.

—Ahora que Mario está lejos, procuro no pensar en él; el solo hecho de pensar en él me deja postrada.

—¿Te sentiste postrada también la primera vez?

Flavia me respondía como si fuese una conversación normal entre nosotras, como si para ambas fuese habitual aquel tema, y seguía contándome de Mario y de ella, de cómo había sido la primera vez, de cómo cada vez había sido más hermoso y que ahora no podía apartarse de su lado.

Yo nunca había tocado ese asunto y al empezar Flavia a hablar aún pensaba que para todas era igual, que todas sentían lo mismo, por eso no la entendía.

—¿Tú qué sientes? —me preguntó.

Le dije que para mí era diferente.

—Hasta ahora había creído que para todas era más o menos así —dije.

Flavia se incorporó y su claro rostro me estaba escrutando.

—También mis deseos son distintos, también mis afanes son distintos —dije.

—Entonces, ¿tú cómo eres?

—¿Que cómo soy? —dije. Y de repente supe cómo era, lo supe en aquel trastorno, como una ciega en un mundo que ve, supe lo que nunca había sabido, en qué me diferenciaba.

Flavia calló y se levantó sobre la almohada.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

La mirada de mi madre aquel día.

—¿De dónde vienes? —me preguntó. Mi madre me observaba. Conseguí balbucir algo.

—¿Qué has ido a hacer a la cuadra? —Y me miraba.

—Nada —dije—. Le he dado forraje a un caballo.

—Mira cómo te has puesto —dijo sin dejar de observarme. No sé cómo hacía para traspasarme de esa forma con los ojos.

Yo apenas me sostenía en pie, mientras ella me seguía observando así, y me desmayé.

Flavia ahora fumaba.

—¿En qué piensas, Silvia? —me preguntó. Y no porque quisiera averiguar más, sino por miedo a ese silencio que había caído sobre nuestras palabras.



A Giovanni le había hablado de mi madre. Le había contado cómo me miraba y cómo la obedecían en el pueblo. Le narraba una historia parecida a la real. Giovanni y yo hablábamos mucho. Hasta que comenzó a desesperarse, como les había pasado a los demás. Pensaba en lo mucho que se habían desesperado Giovanni y los demás. Pensaba en el mar y el sol de aquel día y en cómo Giovanni se había pasado tumbado el resto del día. De vez en cuando me llamaba en voz baja. Yo ni le respondía por temor a que quisiera volver a besarme.

Al principio con Giovanni fue bonito. Hacíamos planes. Le decía que no podía enamorarme, pero él hacía planes tan hermosos que a veces incluso pensaba que podrían cumplirse. Me enfadé de repente aquel día en la playa. Y me resultó tan insoportable que me quisiera besar que después, cuando tumbado murmuraba mi nombre, ni siquiera me volvía, permanecía inmóvil como si estuviera dormida.

Al principio hablábamos mucho. Vivía en la ciudad desde hacía diez años y me consideraba de allí. Con Giovanni podía hablar de mi pueblo. Hablaba de mi madre y de mi infancia. Le contaba una historia sobre mi rebeldía contra el pueblo y contra mi madre, de la mirada terrible, una historia que se parecía a la real: tenía trece años, me había escapado y trabajaba desde entonces en la ciudad. Un día le hablé de mi primer amor. Fue una historia tan bien elaborada que casi me conmoví al contársela. «Muerto en la guerra», refería la historia.

—Por eso —decía— es difícil que pueda enamorarme.

De aquella vez, la primera, Giovanni no tenía celos. Incluso decía:

—Pobre Silvia. De todos modos, para ti es hermoso que haya sido un gran amor, pese a que ahora ya no te puedas enamorar.

Pero yo no creía en esa historia, ni pensaba en la verdadera. Fue a Flavia, aquella noche que hablamos, a quien le conté toda la verdad; ya hacía fresco y había alboreado, y cuando callé sentí como si me hubiera desangrado.

### III. GIOVANNI

—Quiero llegar a tiempo —dijo Silvia casi corriendo por la vereda.

Entramos en el patio, frente a la galería umbrosa; un campesino que estaba sentado en el murete se levantó y esperó a Silvia. Hablaron, mirando la ventana iluminada. Ya se hallaban en la puerta, cuando Silvia se volvió y me gritó que me quedara allí, que hiciera lo que quisiera, que me sentara a esperarla. Entraron juntos.

El campesino salió enseguida, se me acercó y se quedó esperando conmigo. Era un hombre moreno, flaco y de pelo rizado. Apenas me miró, aun así siguió esperando, con el gesto cauto de un caballo amusgado. Al venir con Silvia, había contado con algo así. Pero me imaginaba descubrirlo en las cosas —piedras, plantas y cielo— de su tierra. No había pensado que también la gente, los corazones y las miradas de los hombres fueran, como ella, tan impenetrables. A Silvia le conocía sus cambios de humor, sus alegrías, su dulzura brutal y repentina, que la invadían con tanta facilidad, como una llama envuelve un tronco. Y pensaba que también los demás serían proclives a franquearse y a arder de golpe, como ella.

En el patio ya oscuro, el campesino me miraba con el rabillo del ojo, mientras la ventana de arriba seguía brillando. Había en el aire, en la bruma fría, un olor acre que me parecía fusionado con esa oscuridad. Era como si no lejos estuviesen quemando peladuras de naranja sobre cisco. Dilaté las fosas nasales.

De pronto oí que desde arriba llamaban. Y una mujer salió —parecía descalza— del portal y dijo algo al cruzar corriendo el patio antes de desaparecer en la casa. El campesino también volvió la cabeza y estuvo a punto de decir algo; le presté atención, se metió una mano en el bolsillo y sacó un objeto que examinó tras acercar la mano a la cara. Di un paso y miré alrededor. Decidí no hacerle caso y pensar en mis cosas.

—¿Hay mucha gente en esta casa? —dije de sopetón, en voz alta.

El campesino me miró —parecía sorprendido e intrigado—. Enseguida sonrió, como un chico, y dijo de carrerilla:

—Ya se lo puede imaginar. Es la casa grande.

En ese instante dos ventanas se encendieron en la planta baja y la luz, oblicuamente, iluminó también el patio. Oí el estruendo de un carro detrás de mí, muchas voces —una de ellas cantaba—, y casi al momento en la puerta apareció alguien que nos llamó. El patio se llenó de ruidos. Yo ya había subido los escalones y estaba preguntando: «¿Eres tú, Silvia?» —el campesino se había ido—, cuando una figura robusta y gorda me tendió la mano y me dijo: «¿Qué diantre? Suba usted también», y entramos en el salón iluminado.

¿Qué le dije a la madre de Silvia? No sabía qué decir; me esperaba una pregunta brusca: «¿Qué quiere usted de Silvia?»; había entrado en un mundo de pasado y sangre, de cosas sólidas y desconocidas, como se entra en la cama de otro. Lo que había entre Silvia y yo —o lo que había habido— me negaba además la tranquila indiferencia propia de una visita. Estaba allí para oler, para recordar y para sufrir. ¿Podía hablar?

Me contuve como si estuviese de visita. Y la madre de Silvia me recibió como una dama —nerviosa y rápida— que tiene asuntos mucho más serios que atender, pero que conoce sus obligaciones. Le conté el viaje —hablamos de pie frente a un espejo—, me preguntó por el humor de Silvia. «¡Qué Navidad!», dijo entornando los ojos con maternal preocupación. Me pidió que perdonase a su hija: era dura y cortés. Pronunciaba mal, como si le costase desprenderse del dialecto. Yo observaba sus labios, sus hombros hundidos. ¿Aquella era la madre terrible? ¿La carne y la infancia de Silvia?

Subió conmigo las escaleras, me llevó a mi cuarto y allí me dejó. Me senté en la cama. Había una mesa, cortinas y un sillón pegado a la ventana. Olía a ropa recién lavada y a fruta. Sí, había entrado en el mundo de Silvia, y la madre me había introducido, y aquella era la casa, y veía, escuchaba, olía ese pasado que hasta entonces solo había presentado. La ventana estaba oscura, daba al campo; al día siguiente vería el horizonte de Silvia, y respiraría su mañana, y averiguaría muchas cosas. Recordé que era Navidad y pensé en lo raro que resultaba que precisamente Silvia volviese a su casa en Navidad. Y era extraño aquel silencio, aquella calma profunda. La casa era sólida, rica, fría, de paredes espesas. Y lo más extraño, lo mejor de todo, era que un día aquella vida inmóvil hubiese visto a Silvia joven, niña, y sus estupores y sus primeras audacias. ¿Qué cosa tan terrible había ocurrido para que Silvia tuviese que gritar y montar en cólera, e irse de su casa a los trece años? ¿Qué le había hecho aquella madre? Entre mujeres, tendrían que haberse entendido. Me puse a sonreír tolerante, como un amigo de familia, y sonriendo di vueltas por la habitación, me miré en el espejo, estiré los brazos y dije: «Silvia».

Pasado un rato llamaron a la puerta y otra mujer —una campesina hosca— entró en la habitación con una brazada de leña. Reparé entonces en que había una chimenea.

—Feliz Navidad y Año Nuevo —me dijo la vieja con una sonrisa fruncida y se dispuso a encender el fuego. Mientras agachada me daba la espalda —yo estaba de pie junto a la ventana—, de repente pregunté:

—¿Están contentos de que Silvia haya regresado?

La vieja se volvió y me miró de reojo, rió levemente, a su manera, gorgoteando, y dijo:

—Pobre alma, es triste estar lejos de la familia.

—Pero Silvia está bien —afirmé—, y ha querido venir enseguida. ¿El chico se encuentra muy mal?

—¿Pregunta por Giustino? —dijo la vieja volviendo a agacharse frente a las llamas—. Con los niños, ya se sabe, hace falta paciencia... ¿Y usted, está soltero aún?

—Se ve que Silvia quiere a Giustino —dije, y al pronunciar esos nombres se me encogía el corazón—, fue corriendo a verlo y me dejó en el patio... ¿Ahora dónde está?

—La madre no puede estar lejos de sus hijos. Silvita tenía que volver... Están esperándolo abajo para cenar.

Yo miraba las llamas, escuchando las palabras de la vieja sin prestarle mucha atención. De pronto comprendí que Silvia me estaba esperando, y se apoderó de mí un sentimiento de rencor y de ira, por haber perdido sin motivo esos minutos. Vieja chismosa y tonta, ¿no me lo podía decir enseguida?, pero le sonreí y le pregunté por dónde se bajaba.

—No conozco esta casa —dije.

—Podría confundirse de habitación —masculló la vieja, y fue a la puerta.

## IV. SILVIA

Llegamos a Maratea al anochecer. La estación estaba casi desierta y la gente con que nos cruzábamos en el pueblo me miraba como si me reconociese. Al salir de la estación, la casa surgió a lo lejos orlada de claridad bajo el cielo límpido y oscuro. Una luz brillaba en lo alto de la fachada, quizá en mi dormitorio, en medio de las otras habitaciones de la primera planta, sobre el patio.

En el tren evoqué también aquella habitación, sus muebles claros y floreados, el balcón que daba al patio, las casas de los colonos en las inmediaciones, otras casas entre las hayas y, al fondo, el mar que quedaba en una especie de cuenca.

Giovanni andaba a mi lado. De vez en cuando tropezaba en la vereda pedregosa, me miraba. También en el tren me había observado en silencio y yo no entendía cómo podía estar allí sin preguntarme nada. Al marcharnos le había dicho: «¿Quieres saber por qué?», pero ni siquiera me había respondido. Después, en el tren, le conté lo del telegrama y que tenía prisa por llegar.

Fue Flavia la que me aconsejó que lo llamase. Ella misma fue a avisarle y poco después Giovanni llegó a mi casa. Esa noche tenía gente y, aparte de Flavia, nadie sabía que me marcharía y reían con ganas y charlaban y yo también reía y charlaba cuando llegó Giovanni. Flavia me había dicho que no debía ir sin un hombre. Yo dudaba, luego ella soltó: «Podrían impedirte volver», y eso me asustó. Le pedí a Giovanni que me acompañara. El viaje se hizo eterno y cuando llegamos ya casi había oscurecido, la casa parecía más grande envuelta por la luz de la noche y yo sentí de golpe, como si no hubiesen pasado diez años, la inquietud de estar fuera a esa hora, que era la de cenar, pues era probable que en casa ya estuvieran sentados a la mesa y al entrar mi madre me mirara a su manera habitual. Mi madre se sentaba a la cabecera de la mesa, yo a la izquierda y el abogado enfrente, al lado de ella. Siempre había creído que era mi padre, lo creí durante mucho tiempo, es más, esta idea me estuvo atormentando sin parar cuando iba a nacer Giustino y me pasaba todo el día encerrada en mi habitación.

No podía salir de casa ni un momento, tampoco en verano, cuando me moría de calor en la habitación, porque el sol pegaba hasta el ocaso, y de noche tampoco podía asomarme por la ventana. Era marzo cuando mi madre puso el candado en las persianas y hasta Navidad ahí me quedé sin poder salir de casa ni pisar la planta baja, y al otro lado de las persianas el mar se volvía irresistible, cada ruido del patio me atenazaba y habría querido ver, saber, caminar por la tierra apisonada del patio y correr hasta el mar y zambullirme, pasear por el bosque, subir hasta la cumbre de la montaña y lanzarme de cabeza sobre la roca con tal de no estar encerrada en esa habitación y no oír el viento de la noche y los pasos de mi madre delante de mi puerta.

El abogado volvía al anochecer; yo oía el caballo en el patio, los perros que le hacían fiestas y su voz que daba órdenes, luego sus pasos en la planta baja. Más tarde subía con mi madre, pasaban delante de mi puerta e iban a acostarse.

Desde mi habitación los oía murmurar. En los primeros días de mi encierro mi madre hablaba con voz alterada y él respondía con murmullos, después ella también empezó a murmurar. En los

primeros días aún confiaba en que él me liberaría, que haría algo para sacarme de allí, esperaba que alguna vez su paso se detuviese. Después, por la forma en que murmuraba, comprendí que no podía confiar en él, que no iba a hacer nada para sacarme de allí.

Peppe y Catina estaban al corriente, eran los únicos en casa que sabían, pero callaban, y eso que eran buenas personas. Cuando entraban para llevarme la comida me decían que hiciera penitencia y que Jesucristo tal vez me perdonaría.

Catina estaba en el patio cuando caí desmayada por esa mirada de mi madre; cuando recobré el sentido ella me estaba mojando la cara y lo primero que vi fue su cara arrugada, percibí el olor a ajo y menta de sus manos que me rociaban agua.

En el pueblo sabían que estaba enferma, muy enferma y que nadie se me podía acercar. En cambio, Catina supo lo que había pasado y estaba presente cuando mi madre me vio en ese estado y me hurgó el cuerpo por dentro. Yo no tenía ni ánimo para forcejear mientras ella me miraba; estaba como rota, sin fuerzas en piernas y brazos.

—¿Quién ha sido? —preguntó después mi madre—. ¿Quién ha sido? —repitió agachándose sobre la cama y se me arrió tanto que yo cerré los ojos, pues no podía soportar esa mirada y ese aliento cercano.

—Habla, ¿quién ha sido? —repitió con voz áspera.

Y con las pocas fuerzas que tenía conté quién había sido y me pegó en la cara. Entonces abrí los ojos y vi el destello de los suyos, dilatados cerca de mi cara. Luego se irguió y salió de la habitación con Catina.

Era marzo. Había estado por la mañana en el bosque y a la vuelta me había encontrado con él. Me dijo que montara en el caballo. Monté y se echó atrás en la silla para hacerme sitio.

—¿Quieres galopar? —preguntó.

—Claro que sí —contesté. Así que galopamos un buen trecho, hasta la casa de Peppe en el claro. Entramos. Llamó en voz alta pero la casa estaba vacía. Dejó el rifle detrás de la puerta y se sentó en una silla de paja—. ¿Quieres comer? —preguntó después.

Yo también tenía hambre, sacó comida y encontró en el aparador una botella de vino. Comimos y bebimos. No había más sillas aparte de la de paja, así que comía sentada sobre sus rodillas. Estaba muy cariñoso y yo encantada de que lo estuviera porque creía que no me quería y jamás había entendido que no me quisiera, pues yo lo quería mucho y nunca era irrespetuosa con él, mientras que sí lo era con los demás, sobre todo con mi madre, que me miraba como si quisiera dejarme ciega.

A mi madre le tenía miedo, pero no me importaba que no me quisiera. En cambio, sí me dolía que él no me quisiera, aunque no me daba miedo. Él no me trataba mal, pero no me hablaba; era como si yo no existiese, así era conmigo y yo pensaba en lo bonito que sería que alguna vez pudiéramos estar juntos para charlar.

Yo hablaba con Peppe; con Catina no me apetecía. Peppe y yo charlábamos y reíamos. Nos reíamos a carcajadas de la maestra que venía a darme clase. Tampoco hablaba con la maestra y ella le contaba a mi madre que no estudiaba. A Peppe le contaba lo que estudiaba y me gustaba decirle lo que iba a hacer de mayor, le decía que cuando me casara lo llevaría a la ciudad para que condujera el carruaje. Peppe escuchaba y reía como si realmente se creyera lo de la ciudad, lo del

carruaje que iba a conducir, que me iba a casar y lo sacaría de allí. Después se ponía serio, movía su cabeza afilada, con el pelo rizado.

—Señorita —decía—, ¿y quién va a ocuparse del abogado?

—El abogado se vendrá a la ciudad —le decía.

—¿Y quién va a atender a su madre?

—Catina y los demás —respondía.

Peppe se tranquilizaba. Bromeábamos mientras ensillábamos los caballos. Me gustaba ayudar a ensillar, tocar las patas de los caballos que vibraban bajo los dedos, entre los huesos y la piel.

Peppe me había enseñado a cabalgar y me encantaba estar con él. Lo buscaba con frecuencia en las cuadras o en su casa del claro, medio derruida.

Catina era vieja y todo el día estaba mascullando rezos e imprecaciones. Era buena y me quería, pero yo no soportaba que se pasara todo el día mascullando. «Eres un castigo de Dios», me decía cuando yo llegaba jadeante.

El día que me desmayé no pronunció palabra y sus manos temblaban sobre mi cara al tiempo que mi madre me hurgaba de aquella manera. En mi cama quedó olor a ajo y a menta, después se hizo de noche y oí murmurar y gritar en la habitación de al lado y el cuerpo roto me dolía, el vientre me palpitaba con violencia como si el corazón se hubiese caído de su sitio y batiese con violencia en mi vientre. Y mientras me bullía la sangre, oía murmurar en la habitación de al lado, hasta que me dormí con un sueño oscuro, y cuando amaneció mi madre entró en mi cuarto y puso el candado en la ventana y comprendí que estaba condenada, solo que no sabía cuántos meses iban a pasar antes de que pudiera huir, ni me imaginaba por qué.

Giovanni me seguía por la vereda. Cuando estuvimos cerca de la casa, yo apreté el paso. Peppe estaba en la galería.

—El amo le ha enviado un telegrama —me dijo.

—¿Y mi madre? —pregunté.

—Su madre no sabe nada —dijo en voz baja—. Dígale que ha llegado usted así, de repente.

Miré a Giovanni, que se había quedado algo apartado, en un santiamén me inventé el motivo de mi regreso y excitada como estaba le grité que me esperara y a Peppe le dije:

—No dejes que se le acerque nadie.

Dentro, las escaleras y el pasillo estaban a oscuras. Pasé a la habitación iluminada y en la almohada vi una cabeza que se revolvía de un lado a otro, sin que un solo gemido brotase de sus sacudidas. Todo el cuerpo estaba inmóvil bajo las mantas, también los brazos; lo único que se movía sin pausa era la cabeza.

—Has llegado —dijo una voz detrás de mí. Me volví.

—¿Por qué me has teleografiado? —dije, pero no respondió enseguida.

Después dijo deprisa, como si alguien nos estuviese espiando:

—Lo has visto nacer, ahora lo ves morir. —A continuación, aún más rápido—. Di que has llegado por sorpresa.

—Claro, mi novio os quiere conocer —dije.

—Bien —dijo. Después, sin mirarme—. ¿En serio que te casas?

—Sí —dije—. Está abajo, en el patio.

Y de nuevo miré hacia la cama la cabeza que se agitaba, la frente que relucía. «Es rubio», pensé y deseé que abriese los ojos para saber de qué color los tenía. También entonces, la única vez que lo vi, tenía los ojos cerrados, la cara completamente roja, y también entonces su pelo corto y fino era rubio, la única vez que se lo toqué.

—Tu madre le tenía mucho cariño —dijo la voz detrás de mí.

—Yo también le habría cogido cariño —respondí, y luego pregunté—: ¿No sabe nada de mí?

—Sabe que huiste —dijo—. Te llamaba la hermana misteriosa.

—Realmente misteriosa —dije, incapaz de entender cómo podía ironizar en vez de pensar en algo que me ablandase, tan crispada y tensa estaba por esa voz que hablaba detrás de mí—. Llama a mi madre, dile que me voy a casar y que he vuelto —añadí.

Salió y me quedé en el dormitorio en medio de los muebles claros y floreados. Me vi tumbada en aquella cama el día que grité y después nació Giustino. Estuvo un momento en brazos de Catina, y lo toqué un instante, antes de que mi madre se lo llevara, y yo desde entonces no lo había vuelto a ver ni conocía el color de sus ojos. No había sabido nada más, solo que ahora se estaba muriendo y no conocía el color de sus ojos ni sabía cómo era.

Mi madre entró. Se acercó a la cama y nos vimos de frente, cada una a un lado de la cama. Ella también miró a Giustino.

—No queda esperanza —dijo, y yo quise golpearla en la cara, hacer que se tragase esas palabras y todas las otras que fuera a decir.

—He llegado justo a tiempo —dije.

—Muere un hijo y ya hay otro de camino —dijo.

—Ya —contesté y no acerté a comprender si se refería a mi regreso o a Giovanni, que estaba esperando en el patio.

—He venido para casarme —dije.

—Ahora pensemos en el funeral —repuso. Y se sentó en el borde de la cama, como aguardando el final.

—Giovanni está en el patio, hay que hacerlo pasar —dije.

—Tú quédate aquí —dijo mi madre—. Voy a presentarme a ese señor.

Y tras decir eso avanzó lentamente hacia la puerta, luego oí que hablaba con Giovanni, sus pasos y los de Giovanni por las escaleras, una puerta que se cerraba.

Después, en la habitación entró Catina.



# V. GIOVANNI

Así las cosas, cenamos —en el salón de antes—, y comprendí que pasaba algo irreparable que ignoraba y que había ignorado siempre. El abogado estaba sentado entre Silvia y su madre: el rostro frío, la mirada fija, inclinado sobre su ancho pecho. Se incorporó ligeramente y me tendió la mano para tocar apenas la mía con la punta de los dedos.

Allí también chisporroteaba la chimenea. Intercambiamos palabras vagas —en realidad, casi no hablamos—; yo miraba la mesa elegante y desordenada. El abogado estaba comiendo una manzana y tenía delante la copa a medias; en el plato de Silvia la sopa permanecía intacta. La vieja Catina entraba y salía en completo silencio.

«¿Por qué no habla?», me decía yo pensando en Silvia. Si al menos tuviese los ojos rojos, si al menos se alterase y atendiese. Pero no, miraba furtivamente las llamas y parecía estar esperando, aburrida. La madre me dijo que me sirviera más.

—Hay que comer —afirmó de pronto el abogado, sin moverse—, después de un viaje hay que comer. Tú también.

Silvia no se movió. En la voz de él se percibía una antigua costumbre de mandar; en el silencio de Silvia, su habitual dureza. Estaba entre personas aturdidas y enfurecidas —aún creía eso— por la inminente desgracia. Nadie me había hablado todavía del niño moribundo —si realmente estaba tan mal—, y pensaba horrorizado que aquella era la manera más tierna que Silvia tenía de sufrir.

La voz severa añadió:

—Juventud desganada, tempestad cercana.

Silvia hizo una mueca y sonrió. También su padrastro sonrió, con un sarcasmo tan fugaz como poco antes había sido el contacto de sus dedos con los míos.

—Pobre novio —dijo Silvia—, me ha acompañado hasta aquí sin saber qué tendrá que hacer. ¿Se lo has dicho tú, mamá?

La madre nos miró a los dos y me pareció sorprendida, sorprendida e irritada, como por una insolencia. Y seguía con la boca abierta, cuando el abogado dijo en tono burlón:

—Se hacen muchas cosas sin conocer el motivo. A Silvia le gustaría darle las gracias pero no sabe hacerlo. ¿Verdad, Silvia? —Y enseguida añadió, dirigiéndose a mí—: Perdone, mi hijo se está muriendo. Todos estamos un poco trastornados.

¿Qué podía decir? Silvia ni pestañeó; la madre tampoco respondió a la pregunta de antes. Nos quedamos mirándonos, mirando las llamas, y de nuevo sentí ese malestar, ese peso; procuré tranquilizarme, ser razonable, al fin y al cabo estaban peor que yo. Habría querido estar solo, estar en la habitación y que todo acabase —salir una mañana y encontrar únicamente a Silvia—, como si nada hubiese pasado.

Entonces la madre, muy nerviosa, dijo:

—No os podéis casar ahora mismo.

El abogado me miró divertido. También Silvia sonrió. En ese instante entró Catina con unos platos y se detuvo.

—Silvia es la atolondrada de siempre —dijo el abogado.

Entonces Silvia se levantó y se acercó a la chimenea. Puso la zapatilla sobre la piedra enrojecida y miró el fuego. Con la punta del pie tocó las brasas. El pelo le caía sobre los ojos. Yo habría gritado algo, pero ¿qué?

—Solo es un decir —añadió el hombre—. Usted ha llegado en un mal momento. Tenemos que conocernos mejor.

Silvia se encogió de hombros y dijo con frialdad:

—Qué espanto. Subo a ver a Giustino. —Y se marchó.

Ahora todos esperábamos algo.

—¿Fuma? —me preguntó el padrastro y extrajo de su chaleco medio puro y lo mordió. A la llama del fósforo sus ojos vivaces y los dedos, los labios contraídos, me parecieron cálidos, casi humanos. La cabeza y los hombros fornidos no hacían pensar en alguien viejo, solamente en una fuerza tenaz. Aquel hombre no tenía cincuenta años. Yo me preguntaba por el verdadero padre de Silvia, en cómo habría sido, pues este tenía muchas cosas en común con ella: su dureza, su chispa socarrona. O quizá el primero, el auténtico, había sido un ser insignificante, del que la madre se había deshecho como un trapo, y Silvia había nacido de la tierra y la sangre como se me antoja a veces que nacen los caballos y los troncos más bellos de los bosques.

El abogado callaba y fumaba. La madre esperaba, con las manos juntas sobre el mantel, la frente fruncida. Pero di en pensar que prestaba atención a otra cosa y que estaba al lado de Silvia.

—Silvia sigue turbada —dije—. Desde que recibió el telegrama no ha estado tranquila.

Me di cuenta al hablar. Pero ya era tarde. El hombre y la mujer se miraban con odio y desafío. Algo estaba pasando. Esta vez fue la mujer quien lo miró con un gesto sarcástico y hostil. Y apretaba las manos sobre el mantel. El abogado le clavaba los ojos burlón, entre bocanadas de humo.

No dijeron nada. De pronto sentí un profundo rencor contra Silvia, contra todos, porque comprendí que yo no estaba al tanto de un secreto y que, sin querer, la había traicionado en algo.

El abogado le dijo a Catina que nos cambiara las copas. Habló con la voz de antes, serena.

Volvió a ofrecerme tabaco. Acepté.

—Veo que Silvia no se ha sincerado con usted —dijo de repente, resuelto—. No ha cambiado. No saben qué es una familia... ¿Usted lo sabe?

Se dirigía a mí con el tono de un amo. Yo estaba palpando el cigarro y me quedé con la mano en el aire. Lo miré con ojos vacíos.

—Creo que lo sabe. Silvia dejó de vivir en casa siendo aún muy niña. Por supuesto, eso no es lo importante. Silvia sabe de quién es hija y lo que nos debe. Pero, verá, aunque solo sea un decir, a las mujeres les falta el sentido de la familia, ¿sabe usted?

Me tendió el fósforo para prenderme el puro. Le hizo un gesto a Catina.

—En todas las épocas —dijo—, las familias se han ido a pique por el desvarío de una mujer irresponsable. El hombre tiene que hacerse cargo. Las mujeres no saben guardar secretos, o hacen cosas absurdas. Es como en la política. ¿Entiende usted de política? —me preguntó, pero al momento añadió—: Espere, ya hablaremos. Todavía es demasiado joven. Bueno, como decía, la familia es un organismo de cosas secretas y de otras cosas visibles. Por fuera, la piel, la expresión

de los ojos, el porte, la buena salud; por dentro, las entrañas, los desechos, el elemento innombrable.

—Ya basta, Dino. ¿Qué placer encuentras en eso? —prorrumpió incontenible la mujer. Los labios aún le temblaban.

—Pues bien —continuó el abogado, riendo—, ¿quería una prueba? Se casan con uno sin haberle contado nada. Eso gusta a las mujeres. Y, por el contrario, pueden contarte sus mayores intimidades cuando el matrimonio no está en absoluto decidido.

Terminó la frase con ligereza, como un gato que aparece y desaparece.

—Pruébalo —dijo amenazador—; es otro vino.

Tendí la copa y lo miré. Catina seguía allí, como si esperase mi juicio. El abogado nos sirvió a los tres. La mujer me dejó asombrado. ¿Iba a ser capaz de beber?

—Desconozco las intenciones de Silvia —declaré entonces—. Pero puede estar seguro de que para ella la familia es algo que tiene que crearse, no algo ya creado.

Posamos las copas. Vi que la madre miraba la suya con los ojos bajos. El abogado estaba inclinado, sin cuidarse de ocultar que mis palabras le habían afectado. Me examinó de soslayo, luego dejó la copa y se puso de pie.

—Buenas noches —dijo—. Voy a ver a ese chico.

Estar a solas con la madre —Catina entraba y salía para recoger la mesa— me permitió respirar un poco. Ella me pidió que disculpara al abogado y también a Silvia —habló con fervor—, dijo que Silvia era una pobre chica, que se sinceraba con pocos, porque había tenido una vida difícil, aunque se la había buscado.

—Y sin embargo es buena, y ya ve cuánto está sufriendo esta noche. No sé si alguna vez le ha hablado de nosotros —dijo de pronto—. Silvia es así. Siempre tiene que ofender a quienes la quieren. Pero quiérala. Se casarán, estoy segura. No nos abandone ahora. Espérela. Se marchará con ella.

Me dijo que el abogado estaba desesperado por la desgracia del niño —se sobrentendía que irritado y celoso—. Un hombre fuerte como él. Hacía tanto tiempo que no veía a la niña: se había ofendido, él era así.

Yo le hablé de Silvia y de cómo vivía en la ciudad. Le describí la casa, a sus amigas, hablamos de Flavia. Me escuchaba con las manos juntas. Se quedó perpleja cuando supo cómo pasaba Silvia su tiempo. «¿Cómo es posible? Aquí sería una señora», dijo. Había escrito alguna vez a casa, siempre para decir que trabajaba, que estaba viva, que no le quedaba un momento para ir a ninguna parte.

—En la ciudad hay muchas Silvias —dije contento—. Hay muchas y saben cuidarse. Hay que entenderlas. No es verdad que desprecien a sus seres queridos. Durante el viaje Silvia sonrió una sola vez: cuando se acordó del barranco donde iba a recoger plumas. Y quiere regresar.

Con una sombra sobre el rostro redondo y huesudo, la mujer me escuchaba. Empezaba a ver en qué se parecía a su hija. La misma calma, la misma rapidez. Tenía delante su copa, todavía llena. Estaba a punto de preguntarle qué las había llevado a separarse, cuando Catina entró de repente. No entendí, porque hablaron en dialecto, pero se levantó y fueron juntas a la puerta.

—Dispéñeme —balbuceó—, está usted en su casa. —Y desapareció.



## VI. SILVIA

Giustino murió esa misma noche. Catina y yo estuvimos a su lado, todos los demás se habían ido a dormir. Giustino se había calmado, así lo pude observar, ahora que estaba quieto. Tenía las órbitas de los ojos y las mandíbulas de mi madre, no el pelo, que era castaño, dorado: le corría el sudor por la frente. No se parecía al abogado. Me dije que podía parecerse a él en el cuerpo.

—Catina, ¿había crecido mucho? —pregunté.

—Estaba creciendo —respondió Catina.

—¿Con quién se llevaba bien?

—Con los animales —contestó.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Solo digo lo que hay —respondió.

—De todos modos, debía de hablar con alguien.

—Cuando hablaba, siempre pedía algo. —Luego dijo—: En el andar se parecía al abogado.

—Ese no habla cuando quiere algo —dije en voz baja—. En fin —añadí—, ¿quién lo quería?

—Tu madre lo quería. Parecía quererlo como a ti cuando naciste.

Pensé en mi madre, en cómo la había vuelto a ver. Erguida a los pies de la cama, miraba a Giustino con esos ojos de piedra.

—La muerte no la altera —dije.

—Está así desde que llegaste. Antes de que el abogado se lo dijera, estaba trastornada. Los oía hablar; cuando el abogado le dijo que habías vuelto, tu madre dejó de sollozar.

Yo pregunté todavía con mayor ansia. Y Catina:

—Nada más, dejó de llorar. Lo de después ya te lo sabes.

Y por eso comprendí que nada había cambiado desde entonces. Mi madre se estaba preparando, estaba preparando una red y se agazapaba.

Giustino respiraba furiosamente y todo el silencio de la casa y de la tierra circundante se concentraba en esa respiración.

—Si sigue respirando así va a morir enseguida —dije.

—Va a morir, seguro —dijo Catina. Y dicho por ella pareció una sentencia. Hasta ese momento no había creído en la muerte de Giustino. Demasiadas cosas se mezclaban con esa muerte para que pudiese creer realmente en ella. Nacimiento, muerte, todo lo que estaba pasando, hasta los hechos que causaban más alboroto perdían consistencia. Había un fuego que siempre ardía y el nacimiento, la muerte, las guerras, las inundaciones se esfumaban en medio de aquella llama.

—Catina, aquí estamos siempre en medio del fuego —dije.

—Un gran fuego, un gran fuego —dijo Catina. Y a través de la noche sentí que mi madre ardía, que Dino ardía, que yo también estaba ardiendo de nuevo.

—Ese pobrecillo que ha venido conmigo —dije.

—¿Desde cuándo quieres casarte? —preguntó Catina.

Supuse que Catina no sabía que el amo era quien me había hecho volver y para no ponerla nerviosa le dije:

—Lo conozco desde hace bastante tiempo, me quiere, trabajamos en lo mismo.

—No tendrías que haber regresado. Una palabra de más y ese chico se enterará de todo.

Dios sabe de qué se habrá enterado Giovanni. Me asombró que nunca le hubiera contado nada. Entonces le soltaba muchas cosas, incluso muy fuertes, pero acerca de lo que había pasado mezclaba verdades y mentiras. Únicamente a Flavia había podido contarle toda la verdad. Aquella noche hablé como desde otra vida y, mientras hablaba, me iba calando una luz, cada vez en lo más hondo, hasta que todo se aclaró, y en esa claridad vi mi vida entera, y supe que no había esperanza, como si estuviese mutilada. Al día siguiente le dije a Giovanni que no volviera a aparecer, y se marchó desesperado, como los otros antes que él. Yo me quedé muchos días embotada. Creía que era injusto no poder conservarlo conmigo, que era pérfido mermarme hasta el punto de no poder conservar a mi lado a alguien a quien quería, a quien podía contarle tantas cosas, tener que desprenderme de él como de un cualquiera, solo porque me molestaba. Después vino la partida, la llegada.

Me decía que Giovanni no podía quedarse a dormir en esa casa desconocida. Al levantarme de la mesa, ni siquiera le había deseado las buenas noches.

Catina se movió en la habitación.

—Voy a rellenar la bolsa de hielo —dijo y la casa retumbó, abajo, mientras Catina partía el hielo. Luego oí murmurar en la habitación de al lado y un cuerpo hizo chirriar la cama.

«Ese es Dino», me dije enseguida para mis adentros y quise reaccionar con saña por haberlo reconocido así.

—Va a ser una noche larga —dije cuando volvió Catina.

—Cuanto más larga sea la noche, más dura —dijo.

Y deseé fervientemente que la noche no se acabase nunca, no por Giustino, que tenía que morir, sino por mí, por mi deseo repentino de ser cruel, de serlo al menos conmigo misma si no podía aplastar ese silencio que se sobreponía, ahogar ese murmullo, ese chirrido.

También Catina oyó que en la otra habitación se habían despertado. Me miró con el rabillo del ojo y me preguntó:

—¿Cómo nos ves a nosotros?

—Estáis más viejos —dije.

El abogado había engordado. Ya entonces parecía un gigante. Era como si el caballo fuese a partirse mientras él lo montaba y pensé que mi madre disfrutaba con eso.

—Tengo ganas de vomitar —le dije a Catina y apoyé la cabeza en el sillón. Catina se levantó y se me acercó.

—Vete a la cama, ha sido un viaje agotador —dijo.

Me sentía cansada y realmente tenía náuseas como cuando esperaba a Giustino. Y ahora que se estaba muriendo no conseguía explicarme por qué había temblado tanto al leer el telegrama. Leí que Giustino se moría y comencé a temblar de los pies a la cabeza, se apoderó de mí un incesante temblor y durante un instante sentí que de algún modo yo también me estaba muriendo.

Me dormí en el sillón. Me desperté en el mismo silencio. Catina dormitaba, la cabeza sobre

los brazos, que tenía apoyados en el larguero de la cama. Cuando se levantó vio que me había despertado.

—Vete a dormir —me dijo—. En cuanto amanezca te llamaré.

Me puse de pie y salí de la habitación.

Ya no podía conciliar el sueño; daba vueltas en la cama, no conseguía dormir. Mi puerta se abrió sin ruido y vi que Giovanni entraba.

Me acordé de que no me había despedido de él por la noche.

—Me imaginaba que no podías dormir —dijo. Y añadí—: ¿Quieres saber qué pasa?

Giovanni me tocó con una mano y me estremecí, tan fría la tenía.

—¿Todavía no te has desnudado? —pregunté.

—Aún no me he acostado —dijo.

—Desnúdate, métete en la cama. Así, si viene alguien, pensará que ya nos hemos casado.

Yo misma no sabía por qué le pedía que se desnudara.

—En esta casa no se pierde el tiempo —dijo mientras se quitaba la ropa—. ¿Tú también te has dado cuenta de que aquí se pilla algo a cada instante?

—Silvia —dijo como si no escuchase—, quiero abrazarte.

—¿Es posible que no pienses en nada más? Con la de cosas que suponía que me ibas a decir.

—Tengo que abrazarte un momento —dijo, y entonces me acerqué.

—Pareces el polo norte —dijo—, voy a coger una pulmonía.

Pero Giovanni me estrechaba, estaba aferrado a mí. Me apretaba de una forma rara, con la cabeza apartada, de modo que su cara no me rozaba.

Le hablaba con mi tono de siempre:

—Sigues temiendo que huya de ti, pero esta noche no voy a huir, déjame respirar. —Y me sentí un poco enternecida por el abatimiento que veía en aquel abrazo—. Pero ¿qué te ocurre? Pareces un niño en la cueva del ogro. —Insistí—: ¿Giovanni, qué te pasa? —Y extendí un brazo hacia la mesilla de noche.

—Apaga esa luz —oí que decía.

Me quedé inclinada sobre su pecho mientras encendía la lamparilla.

—Apaga esa luz —repitió.

Yo la apagué enseguida, sin entender.

Ahora Giovanni se había apartado; nos hallábamos cada uno en un extremo de la cama, sin movernos, en silencio.

Estaba consternada por la cara que le había visto a Giovanni instantes antes de apagar la luz, por la manera en que se había apartado de mí, por aquel rostro con los ojos cerrados, los labios apretados.

—Giovanni, ¿qué pasa? —murmuré.

Busqué su mano bajo las mantas e iba a decir algo más cuando se arrojó sobre mí con el aliento cargado y todo su cuerpo, hasta que sentí un dolor muy intenso en el cuello y grité. Giovanni se había detenido.

Se oyeron pasos en el pasillo y Dino se asomó:

—¿Silvia, has gritado, tú has gritado?

—No es nada, estaba soñando —respondí.

—Procura descansar —dijo, y cerró la puerta.

Giovanni tenía ahora la respiración entrecortada.

—Eres un monstruo —le cuchicheé a la cara; el corazón me estallaba—. Eres un monstruo —repetí una y otra vez, hasta que el corazón se me aquietó.

Apoyé la cabeza en la almohada, el cuello me sangraba.

—Enciende, dame el pañuelo —dije.

Encendió pero no me miraba.

Me limpié la sangre.

—Habla —dije—, tienes que hablar.

—Por lo que más quieras —dijo—, ahora no podemos hablar. Mañana, por favor, vayamos a la roca.

Yo pensaba: «Mañana Giustino estará muerto».

Giovanni se marchó a su cama; cuando oí barullo en el pasillo, comprendí que Giustino había muerto y me levanté.



## VII. GIOVANNI

Estaba de nuevo solo. Intentaba convencerme de que el ir y venir, el desorden, eran consecuencia de la desgracia de aquel chico, de nuestra llegada intempestiva durante la desgracia, pero sabía que no era así, que aquella era la manera de proceder de Silvia y de sus parientes, de aquella casa, y me daba risa pensar que el despótico abogado tenía que aguantar eso de sus mujeres. En el abandono en que me hallaba percibía a una Silvia que conocía bien, la angustia pueril de Silvia siempre dispersa y siempre sola. Acalorado por el vino, la compadecí, y también a su madre.

La chimenea se apagó y empezó a hacer frío. Silvia no regresaba. Oí retumbar unos golpes pesados en la cocina, como si una persona estuviese partiendo algo. Entonces me puse a caminar por la habitación y veía los espejos, las cortinas, los cachivaches: no podía mirarlos, también ahí estaba Silvia, la infancia de Silvia. En el gran espejo que había sobre la repisa vi a un hombre tranquilo, un poco solemne, con los ojos inmóviles. ¿Silvia de niña había pensado alguna vez que ese espejo reflejaría a ese hombre? Yo era ese hombre para Silvia. ¿Era posible?

Los golpes seguían sonando con estruendo y desconsideración. Pensé que mi destino quizá se había decidido esa noche, en las cautas palabras cambiadas alrededor de la mesa, frente a ese espejo. Eso había buscado al ir allí con ella. Esta vez había ocurrido algo irreparable. Durante muchos meses había esperado este instante, lo había anhelado, y ahora que había llegado no sabía sino pararme frente a un espejo y preguntarme qué hacía ese hombre en esa casa. Ya, claro, a ella se le estaba muriendo un hermano; pero yo también había estado a punto de morir ese invierno, ¿y acaso alguien se había ocupado de mí? Volví a sentir rencor —un rencor humillado— por que un ridículo lazo de sangre fuese más importante que un sufrimiento que había durado tanto tiempo.

Fue entonces cuando decidí ir a buscarla. Subí las escaleras y, tras recorrer el pasillo, llegué a mi habitación. Catina me había dicho que Silvia dormía en la habitación del fondo. Me acerqué y llamé despacio. Lo sabía. Silvia seguía con el chico. Abrí despacio la puerta, llamé. Busqué a tientas el interruptor y encendí.

Era una habitación de ladrillos rojos, y al fondo había una camita de hierro. Las ventanas y las persianas estaban cerradas. No había lámpara en el techo, sino en una mesilla que estaba junto al cabecero de la cama, lo cual empequeñecía la habitación, la hacía tierna e infantil. Sobre la cama seguía el abrigo de piel de Silvia.

Salí al pasillo y, aguzando el oído, regresé a mi habitación. Volví a oler el aroma a fruta y brasas, pero también allí hacía frío y solo al apagar la luz vi un resplandor en la chimenea. Entonces abrí de par en par la ventana, me tapé con el gabán y, sentado en el sillón, me quedé a oscuras mirando la campiña. Pensé en muchas cosas, me parecía que viajaba de noche. Así, con el oído puesto en la puerta entornada, era como si desde fuera espiara una casa desconocida. Pensaba en el viaje, en el pasado, en Flavia, la amiga de Silvia.

Aunque estaba aterido de frío, no dejaba de escrutar la oscuridad ni de pensar en la mañana de Silvia. Delante de mí estaba la montaña y aquella roca de Silvia. En el fulgor de las estrellas

vislumbraba el horizonte negruzco, y llegaban jadeos, murmullos, suspiros. El frío tenía algo sólido, violento. Detrás de mí chirriaba también la casa.

Oí pasos que iban de un lado a otro del pasillo —gente furtiva—, no por consideración, estaba seguro, sino por una antigua costumbre. Pensaba en Flavia, dulce y rubia, que había escuchado las confidencias de Silvia. Pensaba en nuestra vida de antes, de cuando también Flavia volvía con nosotros de la playa, y aunque nunca comentamos nada seguramente sabía. Yo casi quería a Flavia. Resulta extraño. Si alguien me hubiese visto el corazón, habría encontrado una ternura desbordante por las cosas y las personas de aquel tiempo, por la cálida exuberancia de aquella vida, y por los silencios, las miradas, las carcajadas, los encuentros —un entusiasmo esperanzado—, y, en el centro, un vacío, una pesadumbre, una angustia: mi Silvia, la verdadera Silvia. Me dije que había sido feliz, y que tal vez esta noche también era feliz. Puede que eso fuese la felicidad: esta triste esperanza.

El frío me despabiló. Seguramente Silvia ya había regresado. Cerré despacio la ventana, me puse el gabán y, tiritando, fui a su habitación.

Pasé sin llamar. La luz estaba encendida y Silvia en la camita, despeinada. Me recibió con una sonrisa en la voz, una sonrisa de rápido consuelo, casi festiva, como si me estuviera esperando. Me dijo que me metiera en la cama con ella, que me desnudara. Hablaba con volubilidad, como si no hubiera pasado nada, con un aire entre cansado y solícito.

—Si viene alguien, pensará que ya nos hemos casado —dijo de pronto.

«Vaya, esta es Silvia», pensaba, y esos gestos de desnudarme en el frío, sin mirarla, me parecieron absurdos, diferentes a todos los del pasado. Comprendí que estaba haciendo algo triste, inútil, algo que no cambiaba en nada nuestra situación. Fui dejando mis prendas de una en una en el suelo.

—En esta casa no se pierde el tiempo —dijo Silvia impasible—. Tú también te das cuenta.

Me metí en la cama tiritando.

—Silvia —dije de repente—, quiero abrazarte.

Ella de nuevo bromeó, impasible.

—¿Es posible que no pienses en nada más? ¿No querías hablarme?

Estábamos separados. La busqué y la estreché contra mí. Noté que el frío la molestaba y embargaba. Reconocí su cuerpo. Forcejeó un poco, quejándose de que se estaba helando.

La seguí apretando, en una absurda no-voluntad de calor. No intenté besarla. Había en ella, en su proceder, la frialdad de siempre, incrementada por ese tono bromista maternal.

—Temes que huya de ti —dijo—. Déjame respirar, no voy a huir.

Y me sonrió:

—¿Qué te ocurre? Eres un niño.

Hubiera podido poseerla, hubiera podido decirle adiós. ¿Eso de qué habría valido? ¿Habría cambiado en algo nuestra relación? No la miraba; con la mejilla en la almohada, la sentía respirar, y cerré los ojos.

—Apaga esa luz —le dije.

Ella se inclinó hacia mí titubeante. Poco después, apagó.

Me había clavado los ojos, me había escrutado, mientras al inclinarse pegaba su cuerpo al mío.

En la inmovilidad sentí que la sangre me subía a la cabeza, que ardía de rabia, que se apoderaba de mí una cólera inútil. Comprendí que a Silvia no podía sino amarla de esa manera: sin un beso que al cabo era inútil, sin pronunciar palabra, sin un gesto de amor. Me acordé de mi ropa en el suelo y pensé que era como en un prostíbulo. Uno se desvestía, se vestía y se marchaba. No se quedaba ni una noche entera.

Entonces la agarré con rabia. Ella dijo mi nombre, yo callaba, al final la mordí ciegamente en el cuello. Quise, no sé, oírle gritar.

Lanzó un chillido. Yo caí exhausto y la oí decir algo. Había alguien en la puerta. Me quedé inmóvil, como un animal acorralado. Era su padrastro. Silvia le dijo que había tenido un sueño, con una voz blanda, familiar y somnolienta. La puerta se cerró.

El corazón me latía con fuerza y oía palpar el de Silvia. Ya no me importaba nada. Estaba feliz y desesperado por haber hecho realmente aquella cosa irreparable. Ahora Silvia lo sabía.

—Eres un monstruo —me dijo encarándome con su voz húmeda—. Eres un monstruo.

Una voz de sangre, secreta. «Eres un monstruo», como otra habría dicho: eres el amor.

Después noté que se relajaba y me tocó la mano. Me pidió que encendiera, que le diera un pañuelo. Yo encendí, sin mirarla. Había en ella algo de humillado, de infantil, ese tono que a veces tomaba a broma. Pero comprendí que esta vez hablaba en serio.

—Habla —dijo—, tienes que hablar.

Ahora la miraba a ella —no la herida—, vi sus ojos concentrados y severos. Me pareció que ya no era ella, que me miraba como el día en que me había conocido. Yo ya no sentía rencor, ya no quería luchar: tenía ganas de apretar los labios y sonreír. Era como un enfermo al que se le ha pasado la fiebre. Estaba apático y desganado, pero en el fondo de mi corazón proclamaba una férrea voluntad. Podía pensar en el mañana sin Silvia.

Y entonces, como para calmarla, para no quitárselo todo, le dije, seguro de mí:

—Por lo que más quieras, no hablemos ahora. No podemos. Mañana iremos a la roca, hablaremos.

Hubo un ir y venir en la casa toda la noche. Al día siguiente supe que Giustino había muerto. Yo no me moví de mi cama. De rato en rato me adormecía, contento de mi nueva libertad frente a Silvia. Al amanecer me dormí, cuando me desperté todo estaba en silencio y había una luz fría. Me quedé un rato a mirar por la ventana las montañas, las rocas y la llanura de en medio, yerma y roja. Me sentía tranquilo. Las arboledas que había a lo lejos estaban negras al sol. Un carro avanzaba con dificultad por un sendero. Me dije que detrás, a mi espalda, debía de estar el mar.

Cuando bajé y oí la noticia —me la dio la madre, que no lloraba: lloró Catina al llevarme el café—, adopté una actitud impasible y me ofrecí a ayudar. ¿Podía ver al niño? Por supuesto, pero luego nos olvidamos y salí al patio.

Aquí iban y venían unos viejos del pueblo, y chicos, y llevaban cestas. Uno gritaba e impartía órdenes; era el hombre de pelo rizado de la noche anterior. Me reconoció con un gesto de la cabeza. «Trabajamos duro», dijo. Era un hombre moreno y delgado; llevaba botas y un cinturón rojo alrededor de la cadera. Enseguida se me acercó y me preguntó si me iba lejos.

Le respondí algo y seguí hasta el murete que bordeaba el patio por el lado del mar. Procurando que se me viera bien, me apoyé contra la mocheta y, con la cabeza alta, paseé la mirada desde las

colinas que había a la izquierda, donde se encontraba —rosado— el pueblo, hasta la derecha, donde un mar brumoso y descolorido destellaba bajo el sol. Hacía un frío penetrante, y ahora delante de mí se plasmaba mi sombra sobre la tierra. Estos son el aire y la luz de Silvia, pensé mecánicamente, respirando. Luego recordé lo que había pasado esa noche, y mi nueva libertad. Podía y tenía que estar solo: que además estuviese Silvia no era más que una casualidad, un peligro. La inquietud y lo imprevisto, el juego fútil de todos, hasta la muerte reciente, tampoco el mañana y el día después, debían afectarme más que esas voces chillonas que oía detrás de mí. ¿Qué esperaba? Se apoderó de mí una cólera sorda, despechada. Sabía que Silvia ya se había olvidado de su terror de la noche. Ni siquiera iba a mencionarlo.

—Una mala noche —dijo de repente una voz a mi oído.

Era de nuevo el campesino, que me había dado alcance.

Ese hombre me molestaba. Lo miré impasible, aunque él hizo ademán de sonreír.

—¿Sabe que ha muerto? —dije.

—¿Es usted de la familia? —me preguntó imperturbable.

No respondí, para darle a entender que me había hartado.

—El ama le manda decir —dijo de pronto, mientras se daba la vuelta para regresar con su gente— que la dispense por haber tenido que ir al pueblo. Si lo desea, lo espera en la iglesia.

Fui por el sendero que bajaba hacia el mar. Teníamos que vernos en la roca, pero así era Silvia y sus consabidas salidas imprevistas: la muerte del pequeño le valía para evadirse, para torturarse. Seguía siendo la de siempre. Anduve entre las ramas secas y las hileras de higueras: todo lo de aquella tierra, su olor y su duro esplendor, me molestaba, me repelía. Solo la contemplaba con curiosidad dolorida. Llegué a un cruce señalado con una cruz, en una pequeña hondonada, y no supe decidirme. Entonces me senté en una piedra y esperé fumando.

Poco después pasó un viejo con polainas blancas —un campesino—, y le pregunté por dónde se iba al pueblo. Me miró embobado y no dijo palabra. Se detuvo un momento, luego se despidió levantando la gorra y reanudó la marcha por uno de los senderos. Entonces, sin pensarlo, yo me fui por el otro.

Pasado un rato llegué al pueblo. Volví a ver las caras y las puertas de la primera noche. Las casas, que desde lejos parecían blancas, mostraban aquí su aspecto real: frontones corroídos, muros espesos y sucios, cristales empañados. El sol implacable descubría las grietas y los arroyuelos. Había niños descalzos jugando.

Entré en la iglesia, una gran fachada monumental, tras subir unas gradas. En el interior los bancos estaban vacíos, muchos altares brillaban y había un nicho abovedado, con el pesebre. Un sacristán cruzaba la nave.

Me acerqué al belén, donde el niño estaba envuelto en paja. Los pastores tenían caras como la del aldeano de las polainas y de toda la gente del pueblo y del hombre del pelo rizado de la casa. Pensé que, aparte de Silvia, no conocía a otras jóvenes de aquella tierra. Las imágenes de colores vivaces las representaban hermosas. Viendo el pesebre, lamenté no haber conocido al hermanito de Silvia. Sentí pena por todos, también por ella.

Silvia no aparecía y no me atrevía a preguntar. Al fin y al cabo, estaba en la iglesia. Vaya idea la de citarme justo allí. Me senté en un banco a esperar.

Cuando apenas habían pasado unos minutos salí, frente al mar. Pensé que ella ya había regresado a su casa y yo me había dado el paseo en balde. Me alegró sentirme solamente contrariado, decirme solo un «ya lo sabía», y no vivir esa angustia que hasta el día anterior estaba ligada a sus salidas imprevistas. «Lo estoy consiguiendo de verdad —me dije sereno, apretando los labios—. Quiero ver hasta dónde me lleva. Estoy libre y solo.»

«¿Y si la pierdo ahora mismo?», me pregunté, pero en ese preciso instante Silvia apareció en la plaza envuelta en el abrigo de piel, y venía hacia mí.

## VIII. SILVIA

—Creía que no ibas a venir —dijo Giovanni mientras me acercaba a él.

—¿Qué hora es? —pregunté.

En la plaza no había nadie, aparte de nosotros dos. Vi dos grandes parterres en la entrada de la iglesia; antes no estaban, y la puerta de la iglesia tenía un color más brillante y vivo.

—Espérame un momento, por favor —dije a Giovanni.

Entré en la iglesia. Nada más verme, el párroco exclamó:

—Alabado sea el Señor.

—Buenos días, padre —dije—, soy Silvia. ¿Me reconoce?

—Silvia —repitió—. Claro que te reconozco, sigues teniendo la misma cara —añadió luego.

—Giustino murió anoche —dije.

—Lo sé —me contestó—, ya estoy al corriente.

—Mañana lo enterramos. A las ocho, la misa; a mediodía, el funeral.

—De acuerdo —dijo. Y enseguida—: Qué lástima, era un chico muy despierto. Tu madre, pobrecilla, debe de estar desesperada.

—Sí —dije—, desesperada.

—¿Y el abogado? ¡Qué desgracia! —dijo.

—Es una gran desgracia. Llego con mi novio y me encuentro con esta desgracia —dije.

—Así son las cosas. Dios castiga y consuela. ¿Cuándo te casas? —preguntó.

—Aún no lo sé, padre —contesté—. No lo hemos decidido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te fuiste?

—Diez años, padre —dije—. Los años pasan.

—Los años pasan —repitió.

—Que le vaya bien, padre —dije.

—Que Dios esté contigo, ven a verme con tu futuro marido.

—De todas todas vendremos antes de marcharnos —dije y me despedí de él.

Giovanni estaba dando vueltas por la plaza cuando salí de la iglesia. Nos encaminamos por el pueblo, la gente me reconocía ahora que se había enterado de mi llegada, pero nadie se acercó; la presencia de Giovanni los intimidaba.

Una vez fuera del pueblo empezamos a subir, hasta que llegamos a mitad de la cuesta, entre los olivos. Eran enormes; el camino era empinado y pedregoso y el mar parecía más cercano desde donde nos encontrábamos, casi un acantilado. Giovanni y yo andábamos despacio.

—¿Dónde queda la casa? —preguntó él mirando alrededor.

—Está detrás de la colina —dije, señalando la elevación que teníamos a nuestra espalda. Al ascender no se sentía frío. Entramos en la espesura que había pasados los olivos. El camino era un sendero apenas trazado y el terreno estaba cubierto de hojas, una capa profunda y que crujía bajo nuestros pasos.

—Es un pueblo maravilloso —dijo Giovanni mirando el valle.

—Es magnífico —repuse—. Para mí no hay ningún lugar tan perfecto como el que tienes delante. Los colores y el aire de esta tierra, la forma en que se combina el paisaje. Sobre todo los colores, son colores primordiales. Los otros colores, los de las demás tierras, me parecen rehechos, desvaídos. Aquí cada cosa tiene un color supremo, es inimaginable que pueda haber algo más allá.

—Como la eternidad —dijo Giovanni.

—Más o menos —dije. Y enseguida—: Fíjate.

Un halcón se dejaba llevar inmóvil por el viento.

Giovanni se detuvo y se puso a mirar como si husmeara en el cielo el sentido de mis palabras.

—Para mí es extraño estar aquí. Es como una oscuridad conocida, no sé explicártelo —dije, y continué—: Te agradezco que hayas venido. Cerca de ti tengo la impresión de que el mundo sigue su curso. Sé cómo es esta ciénaga: caemos en ella, la conocemos, podemos hasta creer que no conseguiremos engullirnos. Pero no es suficiente creer en las cosas. Porque las cosas tienen su propia sustancia, y a veces no se puede huir.

El bosque era denso y ahora, al final de la cuesta, hacía otra vez frío. Íbamos por la espesura.

—Verás —dije—, siento que volvemos a estar como antes, que puedo hablarte como si desde entonces no hubiera pasado ni un solo día. Ni te imaginas el vacío en que he vivido en ciertos momentos, desde que nos separamos. Sabía que sufrías, pero yo también sufría. Fueron meses difíciles, tuve que vencer muchas cosas, entre ellas el vacío que quedó al separarme de ti. ¿Qué podía hacer?

Tras cada silencio, el crujido de nuestros pasos se volvía inmenso, un rumor vasto, profundo como en la orilla del mar.

Proseguí:

—Intuí cosas terribles acerca de mí. Creo que te dejé cuando ya no había esperanza, para mí no había nada que pudiera convertirse en realidad. Entonces todo adquirió un aspecto diferente. Si no te dejaba, te hubiera arrastrado también a ti al fondo del pozo.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué pozo?

—Pues... —dije—. Hablo siempre solo por mí; tendría que contártelo todo de principio a fin. Hablo siempre para aclararme las cosas, cuando me da por hablar, y es como si aspirase una bocanada de aire antes de volver al fondo del pozo.

Me detuve. Giovanni me observaba. Sus ojos se demoraron un instante en mi cuello hasta que volvieron a fijarse en mi rostro.

—Qué espanto —dijo—, la de cosas horribles que pueden pasar.

Yo había recogido un puñado de hojas y las desmenuzaba frotándolas entre las manos.

—Fíjate qué olor —dije acercando a Giovanni la palma abierta—. Dentro de cinco minutos estaremos en la roca. —Y al fin—: Hemos llegado. Desde aquí me quería tirar cuando estaba realmente desesperada. Lo deseaba con tal intensidad que me parecía antinatural no poder correr hasta aquí y después saltar de cabeza, con tal de que después ya no estuviesen mi habitación, ni mi madre ni el viento de la noche.

—Sí que debías de estar desesperada —murmuró Giovanni—. Pero me habías contado que esta roca era tu refugio —dijo.

—Cuando aún no estaba desesperada y podía venir aquí, recogía plumas y las guardaba en una caja que tenía en mi habitación —dije.

—No hay plumas —dijo Giovanni.

—No es temporada —dije—. Los pájaros llegan en primavera, hacen los nidos, después los abandonan, se marchan y regresan al año siguiente y comienzan otra vez desde el principio, rehacen los nidos que el viento invernal ha destruido. Era bonito cuando podía subir hasta aquí. Me quedaba largas horas, paseaba por los alrededores, a la playa iba menos, era más hermoso ver el mar desde lejos. Me gustaba pensar que llegaba corriendo desde aquí jadeante, que me quitaba la ropa de prisa y me daba un baño. Pero lo que más me gustaba era estar aquí. Cuando me desesperé, se convirtió en una obsesión el deseo de lanzarme de cabeza, dar un salto pendiente abajo, con tal de que después no hubiera nada, con tal de no recordar.

Había apoyado la cabeza en el brazo de Giovanni, y así, con la cabeza un poco ladeada, veía la roca nítida y dentada que se recortaba contra el cielo. Giovanni estaba sosegado. Lo sentía próximo, escuchaba mis palabras con ternura, como antes, cuando hablar con él resultaba dulce, cálido y agradable, hasta que le pude hablar. Sentía que estaba tranquilo, y yo, a su lado, me sentía aún más mermada. «Soy un monstruo», pensaba con tristeza, luego me dije que en ese momento yo también estaba siendo transparente y clara, y eso me dio fuerzas.

—¿Lamentas que haya muerto Giustino? —me preguntó Giovanni.

—No lo sé —dije—. Ha sido raro. Mientras leía el telegrama experimenté una sensación de desconcierto, como si se desmoronase algo que no conocía. Después, ya lo ves, no me ha dolido tanto. En el fondo, les tenemos apego a los familiares si hemos vivido a su lado. Seguramente con los hijos ocurre lo mismo. Si los traes al mundo y luego te vas, creo que hasta verlos morir te produce indiferencia.

De nuevo pensé: «Soy un monstruo. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué he sentido al ver que Giustino moría? Ni ahora mismo sé lo que siento. Estoy ciega, ofuscada. Es como si removiera un pozo negro».

—Giovanni —dije de sopetón—, ¿cuándo nos marchamos?

—Si quieres, mañana mismo —respondió Giovanni, sorprendido del tono que había adoptado.

—Pues mañana, está decidido. Se acabaron estas historias; en este pueblo te vuelves tonto y sentimental, o pierdes la razón.

—En tu casa todos me parecen cuerdos —dijo Giovanni al tiempo que se ponía de pie.

—Si tú lo dices —respondí—, habré de creerlo. Eres un psicólogo nato.

Giovanni no replicó, incómodo por aquella sombra que repentinamente nos había rodeado.

—Hace frío —dijo poniéndose en camino. Lo seguí por la cuesta.

—Hay cosas peores —dije rabiosa.

Ya se veía la casa, cuando Giovanni preguntó:

—Antes de que nos encontremos con gente, explícame por qué le dices a todo el mundo que nos vamos a casar.

—¿Acaso no querías casarte conmigo? Creía que en nuestro viaje estaba implícito el matrimonio. ¿No lo entendiste así?

Yo ahora andaba más rápido. Tenía prisa por encontrarnos con alguien, sentía que Giovanni



me estaba agrediendo.

—En fin —dije con impaciencia—, mañana nos vamos.

—Por supuesto —dijo Giovanni—. Nos vamos.

## IX. GIOVANNI

Naturalmente, al día siguiente no nos fuimos. Al día siguiente se celebró el funeral del pequeño, pero ya sabía yo desde la noche anterior que Silvia iba a cambiar de idea. Ignoro si ella creía hacerme un favor quedándonos más tiempo o marchándonos enseguida, pero eso es lo de menos. Como siempre, Silvia no bromeaba conmigo. Habíamos tomado una decisión juntos y quería que la viviéramos, que fuera algo nuestro. Pero después se dejó convencer por su padrastro, por las cosas, por todo, para quedarse en el pueblo, para distraerse, para vivir en serio una segunda decisión. Pugnaban en ella demasiados deseos. No creo que ya entonces su pasado se hubiese adueñado materialmente de ella, la cosa atroz que hizo después. Pero ahora sé que conmigo sufrió de verdad.

Silvia quería conservarme. Era cierto que para ella el mundo seguía su curso si yo permanecía a su lado. Pero lamentablemente no era menos cierto que Silvia vivía en varios mundos, y que por querer ser sincera con todos había dejado de ser ella misma, y que sufría y se torturaba. Dicen que para entender bien a otro hay que quererlo. No sé. Yo me di cuenta de que Silvia era buena y de que merecía lástima solo después del disgusto de aquella noche, después de que hube decidido no pedirle ya nada y prescindir de ella. A partir de ese momento la escuché con lástima y la comprendí como uno se comprende a sí mismo. Se me pasó el afán de forzarla a hablar y franquearse. Incluso me dejó indiferente su salida inesperada de que teníamos que casarnos. Tampoco le pedí más explicaciones.

Pasé un día tranquilo e inusitado. Subimos a ver al niño muerto, y no conseguía hacerme a la idea de que era el hermano de Silvia, carne de su carne. Lo habían rodeado de almizcle y de unas ramitas con pétalos amarillos —parecía un belén—, y envuelto en un paño bordado con florecillas azules, y en la cómoda había velas encendidas y una gran cruz. El pequeño rostro contraído, hundido allí abajo, parecía de cera. No podía dejar de pensar que, si Silvia hubiese muerto, la habrían tratado del mismo modo, incluso habrían hecho de ella una virgen, algo absurdo, bárbaramente campesino y hierático; aunque sabía que la ciega sangre ancestral que se había puesto de manifiesto en esa ceremonia también era suya. Salí de la habitación sintiendo alivio. En el pasillo y el salón había un continuo ir y venir de gente —estaba el cura—, y el muerto no parecía sino un pretexto para hablar y entretenerse. La madre y el abogado, tan tieso él, y hasta Catina y Silvia, habían adoptado una cara que era más protocolaria que apenada. Creo que en la cocina estaban sirviendo café.

Los dejé entonces con sus ritos y salí al patio, y desde allí, paseando en el saludable frío, contemplé el mar, y después bajo las hayas di la vuelta a la casa y me quedé solo frente a las negras montañas y la llanura accidentada que se perdía en el horizonte. Me entregué a ese panorama y a esa lejanía. Era uno de esos días que parecen veteados: grandes nubes brillantes y blancas avanzaban bajo el sol, y apagaban y encendían las colinas y las laderas lejanas. Las palabras que había dicho Silvia en la roca me evocaban ahora el antiguo pensamiento de que no existe paisaje vacío: allí donde ha vivido un muchacho, donde ha posado su mirada, se ha creado

algo que sobrevive al tiempo y toca el corazón de cualquiera que guarde en la mirada un pasado. Me vino a la mente, con absoluta nitidez, un recuerdo de mi infancia: un paisaje como aquel, bajo un cielo veteado, un brumoso campo otoñal, mi pueblo. Y volví a pensar intensamente, cosa que había dejado de hacer hacía mucho tiempo, en el muchacho que había sido.

Me pregunté si yo también tenía esa sangre campesina y tenebrosa que ensombrecía los ojos de Silvia, pese a su carácter emancipado y urbano. Yo había nacido en el campo, eso sí, solo que mi campo era una cosa irreal y leve, imaginada en la ciudad, que no me había dado sangre. Allí encontraba recuerdos remotos, casi más allá de la conciencia, más allá de mi despertar en la ciudad. En mí la sangre había empezado a bullir solo en la ciudad, mi primera pasión habían sido los amigos, los compañeros de colegio —había llorado y me había peleado con ellos—, algo sabe de eso Giorgio, que después se volvió tan petulante y sensato. Antes había escuchado y esperado, había abarcado con la mirada viñedos y colinas, pero desde el principio supe que mi destino, que mi vida iba a estar en la ciudad, con otra gente, y que abandonaría el dialecto y que subiría escaleras y miraría las avenidas desde unas ventanas, como las ventanas de todas las Silvias que había conocido. Porque desde muchacho supe siempre que encontraría una Silvia y que lloraría y me pelearía con ella. Ahora me parecía imposible que alguna vez hubiera podido creer en otra mirada y en otra boca, aunque ya en los días más sangrantes de aquel verano advertí que aquellas que la habían antecedido no habían hecho sino anunciarla. Nosotros habíamos tenido siempre esa discordia abrupta y violenta, esa rabiosa ternura, que es el arrebató del campo trocado en ciudad. Pero ahora que creía que ya no la deseaba, que ya no era esclavo de su sangre ni de la de ninguna, resultaba que acudían a mi mente los recuerdos de mi infancia, más allá de las avenidas y las casas, unos recuerdos irreales y leves, como quien sueña con un destino y un horizonte que no es la colina y la nube, sino la sangre y la mujer de las que las nubes y las colinas no son más que un símbolo. Y la Silvia que había extirpado de mí y ahogado era en realidad, con toda su aparente emancipación, una cosa salvaje, hecha de sangre y de sexo. He de decir que aquello me detuvo ante el escenario de la montaña lejana, y me llenaba de esperanzas no confesadas.

Hasta que llegó la hora de cenar, y fue una cena lunática y cansina, como si sobre nuestras cabezas no estuvieran velando al pequeño muerto. La madre de Silvia, que por la tarde se había cambiado su habitual traje de andar por casa por uno de seda negra de cuello alto y crujiente, comió rápido y volvió a subir. Nos quedamos los tres a pasar el rato, y de nuevo el abogado mandó traer otro vino —un vino marrón, como café diluido—, y me preguntó si no era tan bueno como el denso y generoso de mi tierra. Ciertamente lo era, y tomamos más de una copa; también Silvia quiso beber. El abogado, con su cara de siempre, entre socarrona y enfurruñada, nos dijo que era inútil añorar a los muertos.

—Él ahora está mejor donde se ha ido —dijo de pronto. Nosotros éramos jóvenes, teníamos que pensar en distraernos, en vivir y en seguir viviendo—. La familia —concluyó— es un baluarte contra la muerte. —Y suspiraba.

—Lo sabemos —dijo Silvia sonriendo.

Se lanzaban pullas casi sin parar, sin mucha efusividad, prescindían del otro con desprecio y, sin embargo, en su hostilidad había como un terreno común, de entendimiento, la tranquila certidumbre de un pasado y de un futuro. Yo seguía ese juego sin dejar que me enredaran,

firmermente decidido a conservar mi libertad interior. Y de nuevo advertí que desde que había decidido estar solo la voz de Silvia nunca había sido tan humilde y afable.

—Para muchos, la familia es la muerte —dije con sequedad, para respaldar a Silvia.

—¿Será posible? —replicó el abogado—. Usted me parece una persona resuelta, con voluntad y estudiosa. ¿Esas son las ideas que ahora imperan? ¿Usted también es comunista? Joven, hay dos cosas que no pueden tocarse: la familia y los sentimientos. Quite una, y la otra caerá. Quite las dos, ¿y qué nos queda? Lujuria animal y la música negra. ¿A usted le gusta la música negra?

Y así seguimos hablando, y Silvia a ratos se animaba y a ratos callaba, hasta que nos olvidamos del pequeño muerto.

Yo defendía las cosas más exageradas e irracionales, pues al fin y al cabo era la última noche que pasaba en ese lugar y el encanto y el pasado de Silvia para mí ya eran insalvables. El abogado, a pesar de sus salidas extravagantes, me fastidiaba e irritaba.

En un momento dado, la conversación se encendió entre ellos.

—No puedes irte sin visitar a doña Francesca —dijo el abogado.

—Uf, qué pesadez —dijo Silvia—. Nos marchamos mañana.

—No podéis. Piensa en lo que dirá la gente.

Silvia se encogió de hombros.

—Hay feria en Lauria. Tenéis que ir. A tu invitado le gustará verla. En su pueblo no hay nada semejante.

—A él eso le da igual —dijo Silvia.

—Lo entiendo. Pero ¿tú por qué no vas? Antes, si tu madre te dejaba en casa tú llorabas desesperada.

—¿Mamá también va a ir?

—¿Ella? Pobrecilla... Después de esta desgracia. Enganchamos el birlocho ligero, y yo te llevo...

# X. SILVIA

Quedó olor a cera. En lugar del niño muerto, un somier con el colchón enrollado. Polvo en el suelo, sobre todo olor a polvo, como, después de un baile, en una sala vacía.

Pensaba que podría dormir en esa habitación al menos la noche previa a nuestra partida. Aún no había anunciado que nos marchábamos al día siguiente. Lo diría por la noche en la mesa. Pues, ¿qué seguíamos haciendo aquí? Cuando el muerto es un niño, nunca se lleva luto riguroso.

Mi madre se había vestido de negro. Yo no tenía ningún traje negro y trae mala suerte ponerse ropa negra cuando se está de novia. Todo el pueblo fue al funeral. En el cementerio se pronunció un discurso delante de la capilla familiar. «Los hijos —proclamó el orador—, igual que los frutos, llegan en cada estación, y los frutos del otoño son los más hermosos.» El abogado estaba de pie, mi madre a su lado, yo al otro, también de pie, delante del panteón.

En la ciudad recordaba a veces aquel panteón, el único edificio del cementerio, además de la iglesia y la caseta del guardián. En su interior había cuadros y fotos, quinqués de aceite y rejas de hierro forjado.

A Giustino lo pusieron debajo de mi padre. En casa nunca había visto retratos de él. Había uno en la capilla. Parecía colocado al azar entre los demás, tanto destacaban su cara y sus manos, una de ellas apoyada sobre un libro, la otra, como si lo estorbaba, con dos dedos entre los botones del chaleco. No conocí a mi padre. Murió antes de que yo naciera. Se había marchado a la guerra y siempre he pensado que quiso irse intentando en cierto modo huir. Después murió, creo que también por huir. A veces Catina me hablaba de él, pero siempre le costaba hacerlo. Sí, se refería a mi padre sin entusiasmo, como a un recuerdo desvanecido de alguien que había existido autónomamente, de manera que los demás no podían decir nada acerca de él. Era de familia noble, instruido. Creo que su matrimonio con mi madre fue concertado.

Terminada la guerra trajeron a casa su cadáver. Al cabo de unos años, mi madre volvió a casarse. El abogado era de Lauria, un pueblo cercano, más grande y rico que Maratea. En el cementerio de Lauria hay muchos panteones lujosos; en cambio, en Maratea solo existe ese. En la ciudad pensaba que quizá, al morir, me llevarían allí sin que yo lo hubiera autorizado, como le había ocurrido a mi padre.

Giovanni también fue al funeral. Tenía su habitual cara compungida, la cara de quien se comporta según lo convenido pero prevé otras cosas. Como siempre. Le decía: «Verás, ahora no tengo tiempo, adelántate, te alcanzaré dentro de un rato». Y de no ser por ese aire concienzudo con que avanzaba, por esa desconfianza que le intuía, tal vez le hubiera dado alcance sin vacilar. En resumen, habría hecho lo que habíamos decidido.

Era un mecanismo que conocía a la perfección. Él, la cara que ponía, su forma de estar rígido e inclinado, de moverse como quien juega distraído y resignado ante el tablero pues ya sabe cómo va a terminar la partida.

¿No me digas? ¿Así que no crees que mañana nos vamos a marchar? Si no tuviese tantas ganas de irme de este pueblo, lo mandaría todo a tomar viento, te castigaría como he hecho siempre.

Pero nos vamos, esta vez va en serio, esta vez no vas a arrastrarme. De todos modos vamos a irnos, aunque no me creas. Querido Giovanni, mira que sabes volverte odioso. ¿Y cómo puedes hacerme esto ahora, después de haber estado ayer en la roca, y pese a lo de la otra noche y a lo del cuello que aún me duele? Ni siquiera te lo mencioné ayer en la roca. Ayer te fijaste en mi cuello y no te dije nada. Incluso puedo entender qué pasó la otra noche, pero ayer callé para no humillarte, preferí hacerme la tonta. ¿Qué más quieres? Te he dicho que nos vamos, que mañana nos vamos, está decidido. Regresamos a la ciudad. Dime, ¿qué diablos quieres? ¿Por qué pones esa cara? Suéltate, respira, es como si te estuvieran perforando. Mañana por la noche estaremos en la ciudad, cenaremos en una *trattoria*, beberemos tu vino preferido. Flavia nos acompañará, después la llevaremos a su casa y tú y yo nos quedaremos tranquilos, como marido y mujer que vuelven al hogar. ¿No piensas en estas cosas? Lo único que sabes es poner esa cara que no soporto. Tampoco los demás la soportan. Fíjate en el abogado. El cuello de la camisa no lo deja respirar, parece un cordero de camino al matadero. Y la cara de mi madre no tiene color, es una cara terrosa, con los ojos negros, de piedra. Envuelta en su manto, en su sagrado dolor de madre. Pero bueno, ¿qué farsa es esta? Giustino no habría muerto si yo hubiese estado a su lado. Apuesto que lo trataban con conjuros, con ventosas en la espalda; Dios sabe con qué otras brujerías. Por fin el féretro está bajo tierra. Regresamos a casa. En la habitación hay un olor putrefacto, cierro la puerta, voy a la planta baja. Lo importante es comer, con puntualidad y constancia. Pero no es lo único importante. También en esto coinciden el abogado y mi madre. Y Giovanni está con ellos.

Al día siguiente no nos fuimos. En vez de marcharnos, fui con el abogado a Lauria. Mi madre nos dejó ir. No sé si a él le dijo algo. Sé que él chasqueaba el látigo en el primer tramo de camino como si estuviera nervioso, y Dino nunca estaba nervioso, sino que todos sus movimientos eran siempre solemnes y serenos. Estoy segura de que mi madre le dijo algo en secreto cuando se enteró de que íbamos a Lauria. En la mesa fue donde lo decidimos y ella no protestó, pues a lo mejor pensaba que efectivamente todo se había enterrado esa noche con el cuerpo de Giustino.

Dino y yo nos fuimos en cuanto terminamos de comer. En el horizonte se veía una luna inmensa y el mar estaba en calma. Enero es benigno en Maratea. Las tormentas se desatan en otoño, después todo se apacigua en el frío invernal. En marzo todavía hay alguna tormenta y llueve a cántaros entre viento y marejadas; luego el verano se extiende sobre la tierra como si una tapa la cubriese entera, hasta que en octubre, con las lluvias más intensas, estalla tronando como una caldera y el mar se agita, se desborda el torrente con las piedras de los riscos, arrastra árboles y tierras, ovejas y casas. En el gredal, al volver la calma, encontraba cuchillos, platos rotos, palanganas de madera y sartenes oxidadas.

Un largo puente cruzaba el torrente que había a la salida de Maratea, un puente que se hacía infinito con cuatro cipreses, dos a cada lado, flanqueando el principio y el final. El abogado puso el caballo al paso en el puente.

—Abrígate bien —me aconsejó. En efecto, el viento soplaba más frío.

—Estoy abrigada —respondí—. ¿Qué peligro hay? Carne de asno tiene larga vida.

—Da gracias a Dios por haberte dado buena salud —dijo.

—Pues gracias —dije.

—Le has perdido el respeto a Dios —dijo Dino—. También el párroco me comentó que no te

arrodillaste en la iglesia.

—¿Quién ha respetado alguna vez a Dios? No recuerdo haber visto que lo respetaran.

—¿No te pesa la conciencia cuando dices esas cosas?

—Deja en paz la conciencia —dije—. Puede pesar poco más o poco menos. La mía siempre ha sido ligera.

Hablábamos en voz alta para sobreponernos al ruido de la calesa. El camino estaba helado bajo la luna, brillante y clara.

—Por tus palabras, se nota que has cambiado. Pero tu aspecto engaña. Sigues siendo tan clara como entonces. Estás un poco más delgada. Te has espigado, eso es, pero realmente no has cambiado nada —dijo.

—Pues resulta que sí he cambiado —dije—. Ahora sé que no se guarda respeto a nadie.

—Sí que se guarda respeto. ¿No ves a tu madre? ¿Por qué, si no, se quedó con Giustino? ¿Y por qué crees que ahora te ha recibido de nuevo en casa? Se respeta a la familia. ¿Y por qué piensas que yo la he dejado hacer? Por respeto a ti, a ella y al niño que iba a nacer.

—Oye —le dije—, estas cosas cuéntaselas a Giovanni. Él no sabe cómo me has respetado y puede creerte —contesté.

Empezaba a ponerme fatal. Le habría gritado: «Cerdo, que eres un cerdo». Lo habría azotado en plena cara.

Continuó, sereno:

—No lo entiendes. Nunca he traicionado a tu madre. Y ella ha comprendido que jamás la he ofendido. Contigo ha sido muy distinto. Tú y ella habéis sido para mí iguales. Eso es lo importante, entre tú y ella no hay interrupción. Tú eres más hermosa, más esbelta, puede que incluso ni os parezcáis, y sin embargo no hay diferencia.

—Desde entonces todo se repite. No existe diferencia. Siempre el mismo horror. Cada vez la misma agresión, el impulso de huir, la sensación de ser engañada —dije como para mí.

—Eso pasa porque aún no has encontrado al hombre destinado a ti, del que no se huye, por mucho que engañe o agreda. ¿Qué puede ofrecerte Giovanni? No te cases con él —respondió enseguida.

Me había quitado los guantes y fumaba. Dino me agarró una mano, la estrechó entre sus dedos.

—Está fría —dijo, introduciéndola bajo la manta. La manta nos tapaba las piernas y dejó la mano debajo, yo permanecía inmóvil, él no hablaba ni movía la mano.

La cabeza comenzaba a darme vueltas.

La casa de los Alcantra estaba en el centro del pueblo. Una casa enorme con muchas ventanas, con muros recubiertos de hiedra trepadora.

No bien llegamos, abrieron la verja y doña Francesca vino a nuestro encuentro. Nos sirvió otra vez de comer y sacó los temas trillados: Giustino, la muerte, mi regreso, mi madre y su gran dolor. Había más gente de Lauria; unos jugaban a las cartas, otros ponían música en un gramófono. Cuando entramos en el salón, lo apagaron.

—Ahora ya no quedas más que tú. Eres el consuelo de la casa. Déjate de las tonterías de la ciudad, cástate con un hombre de nuestra tierra y piensa que tú eres la única heredera de todo —dijo doña Francesca.

—Ya estoy comprometida —dije—. Me caso en abril.

—No hay prisa, no hay prisa —dijo ella, quería saber por qué no había ido Giovanni.

—Hemos venido en el calesín. Giovanni estaba cansado, les manda saludos a todos.

La señora Alcantra era gorda. De joven había sido una belleza.

Cuando era niña, todos decían que me casaría con su hijo Salvatore. Los Alcantra, en efecto, habían tenido esa intención. Mientras yo estaba embarazada del niño y mi madre me tenía encerrada en casa, solía oír su carruaje en el patio, la voz de doña Francesca y de Salvatore que se informaban sobre mi salud, doña Francesca siempre insistía en que un cambio de aires me sentaría bien y Salvatore rogaba a mi madre que me dejara ir a Lauria. Entonces mi madre decía que la gente murmuraría: «Salvatore está soltero y Silvia ya es una señorita».

Salvatore seguramente había pensado mucho en mí durante los diez años transcurridos. Lo supe por la forma en que me miraba y por la discreción con que recibió la noticia de que me había comprometido. Salvatore Alcantra no habría desentonado en la ciudad. Vestía con elegancia, tenía las manos cuidadas, las uñas cortas y no puntiagudas como los otros señoritos del pueblo.

Sobre mi vida en la ciudad nadie dijo nada. Al fin y al cabo, había regresado y era la heredera de una gran fortuna. Lo hecho, hecho está, y no hay que darle más vueltas.

Salvatore me dijo que había construido una perrera y que me la enseñaría al día siguiente.

—¿Qué perros has elegido? —pregunté.

—Setters y pastores alemanes —dijo Salvatore en voz baja.

—¡Qué memoria! —dije con coquetería—. ¿Y qué más recuerdas?

—Te gustaba la tarta glaseada y la achicoria frita.

—¿Y qué más?

—A lo mejor yo también te gustaba, pero no podías saberlo. ¡Eras tan chiquilla!

Me divertía ponerlo nervioso. Doña Francesca se acercó.

—¿Quién es ese Giovanni? ¿Es rico? ¿Es titulado?

—¡Qué va! —respondí—. Es periodista.

—Buen negocio has hecho —dijo—. De todos modos, no hay prisa por casarse con un periodista.

Poco a poco, los demás habían reanudado sus ocupaciones, charlaban, jugaban a las cartas, al ajedrez, a las damas. Por respeto, no habían vuelto a poner el gramófono.

Pero a mí, delante de toda esa gente me habría gustado escuchar música alta y ponerme a bailar, dar saltos en medio del salón y contar a voz en cuello cosas que los horrorizarían.

¿Que cómo había llegado a la ciudad? En un vagón de mercancías, sin haber comido ni dormido. Conocía a un maestro de escuela que había dado clases en Maratea. Lo busqué. El corazón me latía con fuerza al subir las escaleras. ¿Y si se había mudado? Pero no, el maestro seguía allí. A él le conté que Peppe me había violado.

—Peppe, ¿se acuerda, profesor? ¿Ese tipo flaco y de pelo rizado que se ocupaba de los caballos? Mi madre y el abogado me quieren matar. Me han echado.

El profesor me dio de comer. Luego salió. Regresó, me volvió a dar de comer. De nuevo salió, regresó y aquella noche me hizo dormir en un catre que había en el pasillo. La noche siguiente, cuando estaba a punto de quedarme dormida, de pronto oí que me decía:



—Acuéstate allí, dormirás mejor —me cogió del brazo y me llevó.

—No, profesor. ¿Y dónde va a dormir usted? —dije.

—Contigo, niña, pobrecilla, mi querida niña —dijo.

Durante el día me hacía estudiar, me daba de comer. Yo estudiaba sin descanso, no tenía amigas, nadie con quien hablar. Dos veces al año me examinaba en un colegio atestado de gente. De aquella época lo único que recuerdo es la multitud de chicos que veía un par de veces al año, como un disco rayado que repite siempre lo mismo. Después volvía a estudiar, pasaba sola todo el día, atendía a las faenas domésticas. El profesor llegaba de noche, me tomaba la lección, corregía mis deberes y luego me llevaba a la cama con él. Pero no me hacía sufrir, o eso me parecía. No pensaba yo que me hiciera sufrir. No guardaba memoria de esas noches. Era como si me durmiera. Él bisbiseaba: «Mi niña querida», o frases semejantes, y después también se quedaba dormido.

A los dieciséis años fui a la universidad. Conocí a Flavia, que iba a otro curso. A Flavia le dije que mi tío me pegaba y que quería ser libre como ella. Flavia vivía en una pensión; me fui con ella a esa pensión. El profesor no quería que me marchara, se negaba rotundamente. Entonces lo amenacé con revelar en el colegio la clase de sobrina que era. Le dije qué palabras emplearía. Y le sorprendió verme tan enfurecida, y entonces comprendí que nunca había dormido, cuando de noche se ponía a mascullar a mi oído. Y de golpe lo odié intensamente, le dije cuánto lo odiaba. Le dije: hiena, cuervo, maldita bestia. Entonces me dejó marchar.

Con Flavia la vida fue maravillosa. Encontré trabajo, me pagaba la comida y el alojamiento, ahorraba para comprar algo de ropa. Flavia era buena, me defendía cuando discutía con otros. Siempre estaba peleándome con alguien porque no creía en Dios ni en la tierra; enseguida atacaba cualquier cosa que otro respetara.

Cuando Flavia se enamoró de Mario me quedé sola, sin Flavia, que ya estaba con Mario y se había ido a vivir con él.

—Por ahora, os tengo a Mario y a ti. Después tendré también un niño —decía Flavia.

Qué horror. No entendía cómo a ella no le causaba también horror. Una vez le confié a Flavia toda mi historia. Y a partir de ese momento tuve claro que el horror existía solamente para mí y que nunca tendría un asidero sobre la tierra, algo que pudiese respetar.

En Lauria incité a Salvatore. Le solté frases sentimentales.

—Yo también he pensado en ti —decía Salvatore—. Eres como esta tierra. Me voy, estoy fuera y no pienso. Sin embargo, de repente regreso. Recorro los campos, me adentro en ellos. Llevo esta tierra en la sangre —decía con la mirada baja.

—Tienes que venir a verme —dije.

—En el primer viaje que haga. Pero ¿tu marido no se pondrá celoso? —preguntó.

Yo quería decir: «¿Y si se pusiera celoso?». Pero respondí:

—En absoluto, Giovanni está seguro de mí, no es celoso.

Antes de acostarme me quedé un instante a solas con Dino.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Giovanni, es tu culpa, es culpa de esa cara tuya que no cree en lo que he decidido. Yo de verdad quería irme. Pero ahora estoy esperando a Dino. ¿Qué querrá Dino? Mejor ni pensarlo, ni pensarlo.

Al día siguiente regresábamos a Maratea.

Por la mañana hubo feria en Lauria y Dino compró dos caballos que llevamos de vuelta atados detrás del calesín.

Desde lejos la casa entre las hayas parecía deshabitada, con el portal y las ventanas cerradas. Encontramos a Giovanni y a mi madre en el salón, y, aunque todavía era de día, la luz ya estaba encendida. Había fuego en la chimenea. Dino y yo no habíamos hablado en todo el camino. «¿Giovanni, por qué no nos hemos ido?», me estuve repitiendo durante todo el día, mientras paseaba por la feria. Hubo alboroto, colores variopintos, ollas de barro, vasos decorados, garbanzos asados. A lo largo de todo el día comí garbanzos asados. Había una gitana que leía la mano. «Prosperidad, mucha suerte.» En un tenderete vendían telas, compré una tela azul para Flavia, cordones de zapatos, para mí, una cinta para el pelo.

Salvatore estuvo conmigo todo el día.

—¿Te encuentras mal? ¿Qué te pasa? —me preguntó.

—No me pasa nada —contesté con desgana—. Siento dejarte.

Pero nosotros, Giovanni, ¿por qué no nos hemos ido? ¿Cómo has dejado que Dino y yo nos marcháramos solos? Y mi madre, ¿por qué lo ha permitido?

Cuando llegamos, mi madre y Giovanni estaban junto al fuego. Nos recibieron con frialdad. Yo enseguida me fui a acostar y dije que no cenaría.

# XI. GIOVANNI

Esperé a Silvia durante todo aquel día y, como suele ocurrirme, pasé por estados de ánimo que conocía desde la época en que me encontraba solo y la buscaba por todas partes. Solo que ahora Silvia sí estaba en todas partes y el día lo pasé mucho más cerca de ella que si hubiésemos estado juntos hablando. La casa, el patio y la campiña contenían a una Silvia inmutable y antigua, en quien podía pensar sin ansiedad ni dulzura. Solo tenía que sentir y absorber cuán grande, diferente y familiar era aquella realidad en que se había formado y a la que Silvia, aunque se torturaba, o precisamente porque se torturaba, pertenecía cada vez más. Me liberaba y complacía poder prescindir de ella gracias a que ya había llegado a algo más profundo de su existencia. Ella y su padrastro regresaron a la noche siguiente, desengancharon ruidosamente el calesín, entraron ateridos y aturdidos de la fiesta, y advertí que todo eso me molestaba: no tenía nada que contarle, tampoco lo que había pensado acerca de ella durante todo el día. Estaba realmente solo.

Silvia fue a acostarse enseguida y yo me quedé con la madre junto al fuego, a continuar nuestra desganaada charla llena de silencios. Detrás de nosotros se sentó a la mesa el abogado, para cenar, y entre un bocado y otro intervenía para contar de la feria, de los Alcantra, de las familias que se arruinan, que ponen el gramófono y tienen perreras pero ya no un hombre que las dirija. ¿Y al idiota de Salvatore, cómo había podido ocurrírsele la feliz idea de turbar a una muchacha de luto con sus recuerdos de infancia?

—Silvia —declaró el abogado— necesita recuperarse de esta tragedia; nadie debe hablarle de nada; necesita un largo descanso en familia, entre sus seres queridos.

—¿Me lo dice a mí, abogado? —le espeté sin volverme.

Pero él no se tomó a mal mis palabras. Al revés, dijo que por muchos motivos yo formaba parte de los íntimos de Silvia, de modo que yo también tenía que respetar su dolor.

Me pareció que la madre, sin apartar la mirada del fuego y con una leve sonrisa, casi una mueca en los labios, no respondía adrede. Cuando el abogado se levantó y dijo que iba a acostarse, me sorprendió que la mujer no lo siguiese, y me quedé con ella porque comprendí que quería contarme algo. A lo largo de todo el día ella y yo habíamos tenido un diálogo casi mudo, se había creado una tensión, fruto del hecho de que, sin tener nada que decirnos, estábamos vinculados a la misma existencia. Yo daba vueltas por la casa, o fumaba, o miraba por la ventana, con el gesto vacío o inquieto de los días de espera; ella, la madre de Silvia, fúnebre, me escrutaba y en un momento dado me dijo que en el pasado a Silvia la habían solicitado muchos y que en Lauria había tenido un pretendiente. Me preguntó si los del norte ya no éramos celosos. Insistió varias veces. Después, en la mesa, sacó el mismo tema, y me describió la infancia de ambos, de Silvia y del tal Salvatore, a los que durante mucho tiempo las familias habían considerado novios.

—Y ahora se vuelven a ver. Después de diez años —me dijo preocupada—. Son cosas importantes.

Yo estaba molesto por no haber ido a la feria, no por no perder de vista a Silvia, sino por ahuyentar las ideas absurdas que, si no las tenía yo, me las sugería la madre. No sé por qué, me

fastidiaba que un día después del funeral de su hijo aquella mujer fuese capaz de pensar en celos, chismes y desquites: creía que también Silvia, su inquebrantable franqueza, quedaba en entredicho. Esa noche casi habría preferido las trivialidades del abogado, si su tono y mi profundo enojo no me hubiesen puesto en guardia. Además, estaba ese silencio desafiante de la madre, que me chocaba.

Una vez solos, me preguntó por qué no paseaba más con Silvia. No debía dejarla sola ni un solo momento por las cosas desagradables que podían pasar, de las que seguramente yo ya me había dado cuenta. Tampoco debía dejarla sola con los dos, con ella y con el abogado, pues después de todo —ella lo sabía— Silvia tenía otra vida y recuperar las costumbres de casa solo podía perjudicarla. Teníamos que marcharnos, y cuanto antes.

No era que nos quisiera echar, añadió. No era que me tuviese manía. Al revés, nos quería ayudar. Si nos quedábamos en el pueblo tendríamos que respetar un largo luto y posponer la boda. En cambio, sabía que en la ciudad —aquí vaciló, resignada— no existían esos impedimentos y que la vida, nuestra vida, sería libre.

Tanta confusión me hizo sonreír. Había en aquella madre como un envés singular del tejido de Silvia: las dudas, las precauciones, los prejuicios, los absurdos que Silvia ahuyentaba de sí pero que debía de llevar en la sangre. Tal vez lo que a Silvia siempre le había dado miedo de su madre era esa profunda incongruencia, esa falta de carácter, que a veces vuelve tan terribles a los débiles.

—Me hago cargo —dije—, pero no creo que Silvia esté decidida a casarse.

La madre permaneció muda un instante. Luego, sin mirarme, con voz impasible murmuró:

—¿Usted también lo sabe?

—Conozco a Silvia —le contesté, y en ese momento me di cuenta de que su frase se refería a otra cosa, que aludía a algo que jamás se había contado. Pero antes de que yo pudiera reflexionar, se contuvo y cambió de tema.

—Oiga —me dijo—, ¿de verdad que la quiere tanto como asegura?

«¿Cuándo te he dicho eso?», pensé.

—... Sé muchas cosas, más de las que se pueda imaginar, aunque viva en un pueblo como este. Aquí las familias se emparentan cuando los novios son todavía chicos, se sigue la costumbre, lo que no necesariamente es malo. Las cosas pueden salir bien o no, según los humores, pero aquí un hombre y una mujer tienen casa y familia, y si el hombre no es un animal, aguantamos. Para ustedes, sin embargo, es diferente. Ustedes que trabajan en la ciudad y no quieren saber nada de costumbres, necesitan más, necesitan algo que equivalga a todo el resto. Están lejos de la casa y la familia, de las costumbres y el respeto, están solos. Tienen que empezar por quererse, no pueden esperar a que el amor llegue después. ¿Usted quiere a Silvia?

—La he querido mucho. Ahora no lo sé.

—Silvia se parece a su padre. Ni siquiera lo conoció. Pero es que lo lleva en la sangre. Resulta curioso que siempre nos parezcamos a un pariente muerto, no a los vivos. Será porque en una casa hay muchos muertos. Pero sabiéndola llevar, Silvia es buena.

Entonces le pregunté por qué había huido de casa.

—¿Le ha dicho que huyó? No se lo crea. Sabe que exagera. Y además, nunca se ha olvidado de

sus seres queridos. Teníamos conocidos en la ciudad. Yo tuve que contraer segundas nupcias para darle otra familia. En nuestras casas el hombre es necesario. El abogado le hizo de padre. Pero luego llegó Giustino... —Aquí calló, y miró el fuego—. Y entonces se le metió en la cabeza que la habíamos abandonado. Se pasaba el día en la playa o en los bosques. Sobro, decía. Muchas veces, para evitar los chismes, tuve que encerrarla. Se volvió una salvaje.

¿Quién tiene razón?, me preguntaba. Todo era plausible.

—... Me encantaría verla bien. Desde mañana mismo. Y estará mucho mejor en la ciudad, lejos de aquí. Porque desde que ha llegado, tiene otra vez la inquietud de antes. Yo ya vivo sola y resignada, pero ella no nos puede ver juntos, al abogado y a su madre.

Poco después —ya estaba acostado— el corazón empezó a latirme con fuerza, antes de que yo supiera por qué. No me moví, no me dije nada a mí mismo. Fingí que no pasaba nada. Creo que hasta sonreí. Pero fue como quien recibe un disparo en pleno pecho. La evidencia brotó como la sangre.

«¿Qué más te da? —me dije—. ¿Acaso no lo sabías ya todo? Esto o aquello es lo mismo.» No me dije que había decidido que ya no quería nada más de ella; tampoco me acordé de que estaba libre. El hombre nocturno que hay en mí se despertó; el olor de esa sangre lo había desbaratado todo. Cuanto había tocado y recogido en aquella tierra, nuestra dureza, nuestras palabras, el pasado de Silvia, sus infinitas confianzas, todo quedó borrado y degradado a la luz repentina que me invadió. «Para evitar los chismes tuve que encerrarla...» ¿Cómo no lo había entendido enseguida? ¿Y cuántas insinuaciones había en esas palabras? Como suele ocurrirme, me hería menos la noticia que haberme empeñado en pasarla por alto. Porque es muy posible que en algún momento Silvia tratara de contármelo, pero mi obstinación la había disuadido.

Estaba tumbado, inmóvil, como un animal que se hace el muerto. A dos paredes de distancia, aquella gente dormía. O quizá no. ¿Merecía la pena contenerme y callar? Me levanté de repente, me vestí y bajé las escaleras. Ya no tenía frío. Abrí despacio la puerta y me detuve mirando las estrellas. Quería llegarme hasta el mar.

Título original: *Fuoco grande*

Edición en formato digital: septiembre de 2010

© 1959, 2003, Giulio Einaudi editore s.p.a.

© 2010, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, César Palma Hunt, por la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-1884-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S. A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax:+34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en

[www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).



Electa

Grijalbo

Lumen



Montena

PLAZA JANÉS



ROSADELSENTS

*Editorial Sudamericana*